Selecta

Kathia Iblis



El secreto de lady Sophia

Damas inadecuadas II

El secreto de lady Sophia
Damas inadecuadas 2

Kathia Iblis

Selecta

SÍGUENOS EN

megustaleer



@megustaleer

@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Penguin Random House Grupo Editorial

Nota editorial

Selecta es un sello editorial que no tiene fronteras, por eso, en esta novela, que está escrita por una autora latina, más precisamente de Argentina, es posible que te encuentres con términos o expresiones que puedan resultarte desconocidos.

Lo que queremos destacar de esta manera es la diversidad y riqueza que existe en el habla hispana.

Esperamos que puedan darle una oportunidad. Y ante la duda, el *Diccionario de la lengua española* siempre está disponible para consultas.

En este mundo donde todo es una «copia fiel»
lo mejor que te puede pasar es ser inadecuado.
Se único.
Se tú mismo.
Porque eso te va a ayudar a descubrir el camino que te haga feliz.

Nuestras cicatrices nos hacen saber
que nuestro pasado fue real.
Orgullo y Prejuicio

Quizás son nuestras imperfecciones
las que nos hacen tan perfectos el uno para el otro.
Emma
Jane Austen

El momento en el que una joven es presentada en sociedad es el más importante de su vida porque es el primer paso que determinará lo que será de su destino de ahí en adelante.

La joven casadera ideal posee, de ser posible, un apellido de renombre, belleza y una cuantiosa dote. Sin embargo, no siempre es así. Y aquellas que no cumplen con los requisitos se ven menos requeridas en las fiestas que las damas que sí los poseen.

Luego están las floreros que, por diferentes circunstancias, se considera que están destinadas a la perpetua soltería. E incluso en relación a estas últimas, se ha sabido de casos en los que han logrado conquistar a un caballero.

Finalmente, se encuentran las jóvenes que están más allá de toda salvación. Porque, a veces, ni un apellido aristocrático, ni una belleza despampanante, ni una cuantiosa dote logrará el principal objetivo: que un caballero respetable despose a una de ellas.

Sin embargo, a veces, los milagros ocurren y todo eso puede cambiar en un abrir y cerrar de ojos. En especial, cuando dos encumbradas viudas deciden involucrarse y aceptan el desafío de casar a dichas jovencitas. Nada ni nadie podrá detenerlas, ni siquiera la mismísima nobleza a la que ellas siempre se han jactado de pertenecer.

Prólogo

Escocia, 1858
Tierras del clan Cameron

La pequeña Sophie Douglas observaba escondida en lo alto de las escaleras; escuchaba a la perfección la discusión que se estaba llevando a cabo en el gran salón. Aunque no comprendía mucho, sabía que se trataba de un acuerdo matrimonial. Lo que nadie aún sabía era quién era la elegida.

Dado que no era inusual que las promesas ocurrieran cuando ambas partes eran todavía infantes, la reunión no era algo inusual, excepto porque parecía que los ánimos cada vez se alteraban más.

—El abuelo no tiene idea de lo que está haciendo.

—Cállate, Nevin. El *laird* Finlay es el mejor de todos —declaró su primo Joshua mirando a su hermano con disgusto.

—¿El mejor? Eso es mentira. Si así fuera tendríamos más tierras, más ganado, y mi padre no tendría que trabajar tanto.

—¿Trabajar? Tu padre lo único que hace es visitar a las putas del pueblo y beber hasta que tu madre envía a alguno de sus soldados a que lo arrastren de regreso a casa —soltó Deirdre, la hermana mayor de Sophie, con sorna.

—¡Eso es mentira! Finlay lo obliga a hacer todo eso.

—Nadie obliga a un hombre a acostarse con una mujer. Deja de ser tan tarado, Nevin —volvió a intervenir Joshua dándole un empellón—. Todo lo que el abuelo hace es para protegernos y darnos un futuro mejor. Desde la guerra que las cosas no han sido fáciles, al menos así podemos sobrevivir.

—Cuando sea grande, voy tomar el control del clan y nadie va a poder decirme lo que tengo o no que hacer. Incluso voy a hacer que Deirdre sea mi esposa y Sophie, mi amante. O mejor aún, no me casaré con ninguna y ambas serán mis amantes para hacerles lo que quiera.

—¡Nevin!

La pequeña Sophie había comprendido lo suficiente de sus palabras y, antes de que Joshua pudiera intervenir, ella se había levantado de su asiento en las escaleras y, sin darle tiempo a reaccionar, cerró la mano hasta convertirla en un puño y lo estrelló contra el rostro de su primo, que, sorprendido, perdió el equilibrio y rodó un par de escalones hasta que los adultos notaron la conmoción.

—¿Quién fue? —Angus, el padre de Joshua y Nevin parecía furioso.

—Fui yo, padre. Él estaba hablando sin sentido —saltó el joven, pero Sophie lo aparto de un empellón y se detuvo frente a su tío.

—Nevin dijo que va a tomar el lugar del abuelo Finlay y que Deirdre y yo vamos a ser sus amantes para hacer con nosotras lo que quiera —declaró sin siquiera sopesar lo que sus palabras iban a causar.

Lo próximo que supo fue que Nevin era sacado de la oreja del salón por su madre mientras su abuelo la recogía en sus brazos y se la llevaba a su estudio.

—¿Hice algo malo, abuelo?

—No, mi niña.

—¿Entonces porque la tía estaba tan enojada?

—Porque el que hizo algo malo fue Nevin, tú hiciste lo que debías, mi pequeña. Defendiste a la familia.

—Y siempre lo voy a hacer, abuelo.

—Así me gusta, mi tesoro. —El anciano la depositó en el interior del estudio—. Ahora, ven, ya es hora de que hablemos algo.

***

Cunando recibió la misiva de su primo Joshua, lo último que Sophie esperó fue lo que descubrió apenas llegó al hogar Cameron en las Tierras Altas. No solo era preocupante el tema de la salud de su abuelo, sino que descubrir que su hermana Deirdre había tenido un hijo y lo había dejado abandonado, sabiendo lo vulnerable que estaba el clan sin la presencia siempre sólida y atemporal de su abuelo, hacía que le dieran ganas de arrancarle todos los pelos de la cabeza.

Probablemente por eso accedió al loco plan de su primo cuando le sugirió huir con el pequeño querubín. Sabía que era del clan MacLeon, él se lo había dejado escrito en una nota, pero eso era todo. Y las relaciones entre ese clan y los Cameron no eran lo suficientemente buenas como para que ella solicitase asilo con ellos.

Desesperada, y luego de mucho pensarlo, aprovechó la primera tormenta que apareció y, con ayuda de Joshua, se embarcó en el primer navío con rumbo a Londres. Sabía que el viaje podía ser largo, pero, aun así, no se arrepentía de su decisión.

La familia era lo más importante, y si para eso tenía que fingir ser la madre del pequeño e indefenso niño, lo haría.

Capítulo 1

Londres, 1870

Lady Sophia Douglas supo el momento exacto en que se volvió una dama inadecuada. Muchos pensarían que fue tan pronto arribó a Londres y varios *conocidos* la vieron forcejear con un desconocido que resultó ser un matón enviado por su tío. Otros de seguro murmuraban sobre el pequeño que ella había estado cargando en sus brazos en el momento del incidente, pero ella sabía que no era así.

Su destino había cambiado irrevocablemente la noche en que decidió huir con el futuro heredero del clan MacLeod. Fue un acto desesperado producto del más absoluto temor. No tanto por la reacción de su abuelo, sino por las consecuencias que las acciones de su desparecida hermana pudieran causar.

Lo que la había llevado de regreso a Inglaterra y al lugar donde creyó estar a salvo, pero resultó no ser así. Y eso la dejaba en la situación en la que se hallaba, teniendo que presentar una fachada de calma y tranquilidad en medio de la celebración de cumpleaños de *lady* Habersham, a quien ella no conocía en lo más mínimo, pero según parecía tenía algún ancestro escocés cuyos orígenes provenían del clan de su madre, los Cameron. Ella ignoraba si era así o no, en las Tierras Altas no eran exactamente conocidos por llevar todo registrado en papeles, al menos no hasta que la religión católica no llegó hasta ellos, en cuyo caso todo pasó a ser registrado por los sacerdotes en las iglesias. Aunque, conociendo a su abuelo, quizás él supiera esa información con precisión. Siempre había tenido una memoria prodigiosa y amaba mantener viva la tradición

oral que implicaba transmitir sus bastos conocimientos a su descendencia.

El pensar en su siempre vivaz abuelo Finlay, *laird* del clan, en ese momento postrado en una cama, la entristeció. Cuando ella era niña, muy a pesar de lo que sus primos dijeran, se volvió la favorita del hombre tan pronto ella expresó interés en cosas que no eran exactamente femeninas. No que alguien más lo supiera además de ellos dos. Su abuelo le había hecho jurar que jamás se lo revelaría a nadie. Pero mientras sonreía, saludaba y se mostraba educada, y esperaba que alguna de sus amigas llegara, sus pensamientos se fueron al pasado.

Podía recordar a la perfección cómo luego de que derribase a su primo Nevin de un puñetazo, más allá de la reprimenda recibida, los ojos del hombre habían brillado de orgullo. Sophie siempre supo que lo único que tenía en común con su madre eran sus ojos, de un profundo verde como las colinas escocesas, y que por el resto había heredado el explosivo temperamento del clan Douglas, la familia de su padre. Pero nunca fue realmente consiente de la importancia de ello hasta ese anochecer tantos años atrás.

«—Te amo, mi pequeña *leanbh* —le había susurrado su abuelo luego de besarla en la frente—. Sé que tu madre vela por ti siempre, pero desearía que estuviera aquí con nosotros.

—Ella está, abuelo —le había respondido ella con absoluta convicción en su inocencia infantil, y aunque no tenia vividos recuerdos de ella, sabía por boca de otros que su madre había sido una mujer dulce y gentil con todos.

—La veo en tus ojos, mi niña, y a pesar de lo mucho que siempre la voy a amar, me alivia saber que tu espíritu es puro fuego.

—¿Fuego?

—Así es. Tu madre, mi hija..., ella era demasiado frágil para nuestra existencia en las Tierras Altas. Por eso sentí alivio cuando se enamoró de tu padre. Él la alejo de las duras realidades de nuestros clanes y la protegió y amó hasta su último suspiro.

—¿Y a mí?

—Tu eres lo mejor de ellos dos, pequeña *leanbh*. —En aquel momento, él se había arrodillado frente a ella para mirarla directo a

los ojos—. ¿Sabes? Hay una vieja leyenda que dice que los Cameron llevamos la magia de los Tuatha Dé Danann corriendo por nuestras venas.

—¿En serio, abuelo?

—Así es, mi niña. Luchamos a su lado y ellos nos bendijeron. Hay unas piedras en la cima de la colina, allá, cerca de...

—La cueva del dragón.

—Así es, pequeña. Esas piedras tienen magia. Mucha. Hay viejas historias que hablan de viajeros cruzando a través del tiempo para ayudarnos y protegernos —le había susurrado el hombre, y le acomodó un mechón de sus cabellos rojizos detrás de la oreja—. Nuestras sangre es tan poderosa como la del antiguo clan McDragh, y tú eres la ultima descendiente de un antiguo linaje de grandes guerreros.

—Pero... ¿y mis primos?

—También los amo, mi niña, pero ellos no han sido bendecidos por los Tuatha. —Su abuelo le había sonreído y, con suavidad, la guio hasta que ambos se hallaron de pie frente al espejo—. ¿Qué ves?

—A ti y a mí.

—Observa con más atención... Fíjate en nuestros ojos.

Obediente ella había observado con atención hasta que notó los pequeños reflejos dorados en medio de sus intensos ojos verdes.

—¡No son todos verdes!

—No, mi pequeña..., pero ese va a ser nuestro secreto. —Él le había sonreído y rehecho la trenza mientras ella continuaba observándolos a ambos en el espejo a la vez que volvía a hablar—. Tu mamá tampoco los tenía. Él último en tener ojos como los tuyos fue Cameron de Lochlien.

Ella conocía el nombre. Todos los Cameron lo hacían. Había liderado al clan en la batalla de Culloden.

—¿Soy una guerrera entonces, abuelo?

—Eres mucho más que eso, mi pequeña... Un día, cuando menos lo esperes, todo ese fuego en tu interior despertará.

—¿Por qué?

—Porque estarás luchando por algo que vale la pena —le había susurrado para luego besarle la coronilla—. Ahora, a dormir, estoy

seguro de que la vieja Aggie te debe estar buscando».

El sonido de cristal rompiéndose la trajo de vuelta al presente y presenció cómo *lady* Habersham tenía un ataque de histeria al ver su más fino cristal destrozado sobre el suelo del salón.

A pesar de saber que no era lo correcto, puso los ojos en blanco y se levantó de su lugar. Ya había cumplido con su parte del trato: asistir al evento. Ya podía retirarse sin que hubiera consecuencias nefastas debido a ello.

—¡Sophie! —la voz de la duquesa viuda de Kensington la alertó de que no iba a poder huir del evento como había pretendido al abandonar su asiento. Así que inhaló hondo, se giró en dirección a la dama en cuestión y no tardó en notar, mientras se aproximaba a ella, que *lady* Desdémona, la tía de Cali, se hallaba a su lado.

—*Lady* Kensington. *Lady* Hawthorne —susurró mientras realizaba una reverencia frente a ellas.

—Basta de formalidades, querida. Somos Clarisse y Desi. Siéntate junto a nosotras y cuéntanos qué ha estado ocurriendo en tu vida. Lo último que supimos fue de los problemas de salud de tu abuelo. ¿Cómo está él? —*Lady* Clarisse se apresuró a hacerle espacio entre ambas, y la joven no tuvo más opción que acomodarse en donde le indicaban.

Por unos instantes, estuvo tentada de revelarles toda la verdad de sus circunstancias, pero el recuerdo de su pequeño sobrino llorando mientras su tío le apretaba el brazo con crueldad la obligó a callar. Además, no era como si las damas pudieran hacer algo para ayudarla. Así que con el corazón apenado les relató la historia que su tio había pensado para ella.

Capítulo 2

Al día siguiente...

Cameron Hall

Sophie aferraba con fuerza la pesada llave de hierro. Su plan había transcurrido sin sobresaltos, pero en ese momento se hallaba sumida en la incertidumbre. Si al menos tuviera un lugar al cual poder ir junto con el pequeño Robbie, y saber que al menos él estaría a salvo, se marcharía sin dudarlo, pero dadas las circunstancias, ¿quién la aceptaría considerando que el pequeño tenía exactamente los mismos ojos que ella? Era imposible pretender que la gente obviara ese detalle, en especial, porque era uno que ponía en tela de juicio todo lo que ella había dicho desde su regreso a Londres. Pero decir la verdad tampoco era una opción en aquellos momentos.

Suspiró y dejó caer los hombros sabiendo que, quisiera o no, había sido derrotada. Se giró para regresar la llave a su lugar, en el enorme llavero de la señora Morris, cuando sus ojos se posaron en un par de botas negras desgastadas. Sabía a quién le pertenecían: Connor McIntosh, la mano derecha de su tío.

Sintió que el pánico se apoderaba de ella con lentitud, no por haber sido descubierta con la llave, sino porque la persona de pie frente a ella representaba un peligro aun mayor que su propio tío.

Inhalo hondó y retrocedió con rapidez. Quería estar lo más alejada posible de él, pero no se alejó más que unos pocos pasos cuando él le aferro el brazo izquierdo con fuerza y la atrajo hacia su cuerpo.

—Suéltame.

—No.

—¡Suéltame!

Sophie estaba intentando no dejar que el miedo la dominase por completo, pero la realidad era que sin su tío cerca no había quién controlase al hombre.

—Te crees muy especial, ¿no? La única razón por la cual tu tío no me permite tomarte es porque sabe que eso arruinaría sus planes. Pero tan pronto todo esto concluya..., serás mía.

La joven no dudó: aterrada, elevó la pierna y le dio un fuerte puntapié en la pantorrilla. Liberada, huyó escaleras abajo, donde dejó la llave junto a la puerta y, sin siquiera detenerse a recoger sus guantes y su abrigo, abandonó la casa como si el mismísimo diablo la estuviese persiguiendo. La risa del hombre tan solo logró hacerle acelerar el paso.

***

Nathaniel Saoirse MacKenzie Howard observó desde la acera de enfrente a la joven abandonar la casa a toda carrera. El terror en su rostro era más que obvio y no pudo más que sentir que las alarmas se despertaran en su interior.

Según le había dicho su abuelo, Sophia Douglas era la responsable del secuestro de un niño del clan, pero esa había sido toda la información que le había provisto. Dado que su madre era inglesa, y él había crecido entre ellos, lo habían considerado la mejor opción para averiguar el paradero del pequeño sin levantar sospecha alguna. Sin mencionar que su amistad con el duque de Kensington lo había colocado en una posición privilegiada.

Sin embargo, desde el comienzo, su intuición le decía que lo que le habían dicho, ante una minuciosa examinación, tenía demasiadas contradicciones y detalles faltantes que ponían todo bajo duda.

Observó durante unos instantes más para ver si alguien abandonaba la casa detrás de la joven, pero tan solo vio aparecer brevemente en la puerta a un hombre alto, cuyo rostro tenía un gesto cruel mientras su mirada se dirigía en la dirección en la cual la joven había desaparecido, y eso le preocupó.

Sin siquiera detenerse a pensar en las posibles ramificaciones de sus acciones, se apresuró a seguir a la joven. Por alguna inexplicable razón, necesitaba asegurarse de que ella se hallaba a salvo.

Agradecía que sus flamígeros cabellos rojos resaltasen entre los demás transeúntes. Eso le facilitaba poder seguirle el rastro sin ser demasiado obvio al respecto. Sin embargo, cuando la vio desaparecer en el interior de la tienda de una modista, sus pasos flaquearon. No podía ingresar al lugar sin verse sospechoso... y definitivamente no quería tener que dar explicaciones que de lo más seguro llegarían a oídos de la familia de su madre o, peor aun, a la mismísima dama.

Masculló por lo bajo mientras debatía qué hacer, pero tan solo unos minutos pasaron y vio a *lady* Sophia abandonar la tienda con la misma velocidad con la que había ingresado, solo que entonces cargaba un bulto en sus manos. Sabía que no era inusual que las jóvenes pudientes siempre quisieran estar al último grito de la moda, sin embargo, la tensión en el cuerpo de la joven y cómo continuaba viendo constantemente a su alrededor le alertaron que había algo más ocurriendo, que el temor de que el hombre que estaba en la mansión la siguiese.

Capítulo 3

Sophie se detuvo frente a la puerta negra e inhaló hondo. Si había algo que definitivamente no necesitaba era desmayarse adentro de un burdel, sin importar que tan prestigioso fuera. Su reputación quedaría dañada de forma irreparable y terminante. Ya bastantes rumores había causado lo ocurrido en el puerto como para encima sumar algo como eso.

Volvió a inhalar hondo y exhalar, pero finalmente golpeó con suavidad la puerta. El pecoso rostro de Jimmy, el recadero de *madame* Pompadour, la recibió con una enorme sonrisa.

—Adelante, señorita Sophie. —El muchacho de inmediato abrió la puerta y se apresuró a hacerla pasar. Aunque tan solo la *madame* conocía la verdad sobre su identidad, el ocultar que era una dama era tan difícil como intentar tapar el sol con una mano. Aunque nadie lo decía abiertamente, todos los que allí trabajaban sabían que ella era una dama.

—¿Cómo esta tu madre, Jimmy? —le preguntó al jovencito con amabilidad.

—Mucho mejor desde que usted le consiguió la medicina, señorita. —Repentinamente, el muchacho sacó del interior de su chaqueta un paquete y se lo entregó—. Nosotros.... No tenemos mucho, pero mi mamá me pidió que le entregue esto.

Sorprendida, Sophie sujetó el paquete que cargaba bajo un brazo mientras se apresuraba a abrir el delicado envoltorio. Un bello pañuelo con pequeños cardos bordados a mano apareció ante sus ojos.

—Es... bellísimo, Jimmy. ¡Muchísimas gracias! —Conmovida, le dio un breve abrazo al jovencito, y este se sonrojó hasta la raíz de los

cabellos, haciéndola reír—. Lo voy a atesorar por siempre.

—¿Sophie? Mi niña, que alegría verte. —La voz de *madame* Pompadour interrumpió el momento y Sophie se apresuró a abrazar a la amable mujer—. Pasa. Pasa. Jimmy, tráenos un té y algo para comer, por favor.

—Al instante, *madame.* —Y luego de hacer una torpe reverencia, el joven desapareció en el interior del enorme edificio.

—Cuéntame, muchacha, por tu rostro puedo ver que algo ocurrió. —La elegante dama la guio hasta una de las sillas mientras tomaba el paquete de las manos de Sophie y luego se acomodaba en su propio lugar.

—Connor me encontró a solas...

—¡Oh, por Dios! ¿Él... estás...? —Alarmada, la mujer volvió al instante a su lado mientras la recorría de arriba abajo con la mirada y le aferraba las manos instándola a pararse.

—Estoy bien... solo... me asustó. —Pero las lágrimas comenzaron a caer por su rostro y no tardó en hallarse refugiada en los brazos de *madame* mientras esta le susurraba palabras de consuelo.

Varios minutos pasaron en los cuales tan solo Jimmy se atrevió a ingresar a la habitación trayéndoles los refrigerios que le había pedido. Una mirada de la dama le aseguró que su joven amiga estaba bien, pero, aun así, el muchacho se marchó con una expresión tormentosa. Todos en el burdel le tenían afecto a Sophia, pero también sabían lo complicada que era su situación.

—Sophie, Sophie, escúchame..., solo dilo y le pediré a uno de mis hombres que se ocupe.

—No puedo permitirlo, *madame*. Si algo le ocurre a Connor, mi tío... —pero la joven no pudo continuar hablando porque nuevas lágrimas comenzaron a derramarse de sus ojos.

—Te juro... no logro comprender cómo tu hermana pudo ser tan... —La furia de *madame* era más que obvia. Ayudó a Sophie a sentarse y le acercó una taza de té.

—Deirdre siempre fue algo alocada, pero jamás me imaginé que haría algo como eso.

—Niña, cuando los MacCleod sepan que hay un heredero vivo del *laird* del clan, y tú sabes que lo van a descubrir, se va a desatar una

guerra.

—*Madame*...

—Sé que hiciste lo que creías correcto, y la realidad es que sin tu abuelo en el poder, el pequeño corría peligro en el castillo, pero jamás imaginé que tu tío haría algo como esto. Ese maldito bastardo. Siempre sediento de poder.

Sophie observó a la mujer pasearse por la habitación mientras continuaba mascullando por lo bajo. Ella sabía que su tío y la dama tenían una larga y complicada historia, pero jamás se había atrevido a preguntarle al respecto. Más que nada porque el dolor en su mirada cuando siquiera surgía algo de aquel entonces parecía que a *madame* volvía a partírsele el corazón.

—Yo... debería irme —susurró finalmente. No era su intención traerle aun más problemas de los que ya le traía el regentar uno de los burdeles más prestigiosos de Londres.

—No. Eres mi sobrina de todas las maneras que importan, Sophie. Pero debemos hallar una solución a esta situación. No sé cuánto más Connor va a mantener sus repugnantes manos lejos de ti. Sin mencionar la vida del pequeño Robbie.

Sophia era consiente de lo precaria de su situación, pero realmente no tenía a quién recurrir. Sus amigas no estaban en la ciudad, con el tema de la celebración de la boda de Cali y Alexander, y ella no estaba dispuesta a llevarles semejante problema a su hogar. Sin mencionar el peligro que implicaba para las vidas de todos ellos.

Su abuelo también estaba fuera de la cuestión. Su estado de salud era demasiado delicado y descubrir lo que estaba ocurriendo bien podía ser lo que lo llevase a la tumba. Su hermana, la madre de Robbie, había desaparecido de la faz de la tierra y nadie, ni siquiera su antigua nana, que conocía a todos en las Tierras Altas, había podido dar con ella. Por ende, estaba por su cuenta, tan solo con la ayuda de *madame* para sobrevivir. Y eso era porque su tío sabía que ella jamás abandonaría al niño.

—Escúchame bien, pequeña. Regresa a la casa, mantente lejos de Connor y dame unos días. Tengo una idea que podría salvarlos, pero necesito pedir algunos favores. —Al ver la expresión alarmada en el

rostro de la joven, sus facciones se suavizaron—. No te preocupes. Son gente de confianza y nadie sabrá nada más que lo esencial. Ahora, ve.

Aunque preocupada, Sophie asintió. Confiaba en su tía y sabía que ella haría todo lo posible por auxiliarla. Con ayuda tanto de Johnny como de Raymun no tardó en estar de regreso en la entrada de sirvientes de la casa de su tío, y aunque hubiese preferido huir, el llanto la atrajo como un farol en la neblina y no tardó en encontrarse en la habitación del pequeño.

—Oh, mi amor... —Sin dudarlo, lo levantó en sus brazos y comenzó a acunarlo mientras le cantaba una de las tantas canciones de cuna que su abuelo solía cantarle a ella de niña.

—Ma ma mamama ma...

—No, mi amor... tía. Tía.

Pero eso pareció enojar al pequeño porque le aferró un mechón de cabellos mientras gritaba con fuerza.

—¡Ma mama mamama ma mama!

—Está bien, mi amor. Mama está bien.

Capítulo 4

Londres, 1870
De Warenne Hall
Cumpleaños de lady Emmeline De Warenne

—¿Estás segura de ello, Desi? Creo que deberíamos enviarle al menos un mensaje a Alexander.

—Clarisse, ambas sabemos que eso es lo peor que podemos hacer. Cali necesita estar lo más tranquila posible dado su estado —le aseguró la dama a su mejor amiga mientras bebía un poco del exquisito vino—. Sin mencionar que Sophie jamás se perdonaría a sí misma si algo le ocurriese a sus amigas.

—Pero...

—Todo va a estar bien. Solo tenemos que seguir el plan —le susurró por lo bajo, y, de manera muy significativa, hizo un casi imperceptible gesto en dirección a las columnas a sus espaldas. Una sombra se acababa de mover y eso indicaba que alguien las había visto.

—La verdad... jamás esperé que Sophie Douglas se volviese una dama inadecuada para desposarse —declaró finalmente Clarisse mientras ella también bebía un sorbo de su vino.

—Pamplinas..., es culpa de *lady* Pennyworth. Uno pensaría que la arpía habría aprendido a no irse de boca. En especial, considerando lo ocurrido con su hija mayor. —Toda la alta sociedad se había horrorizado al descubrirse que la joven *lady* Poppy Pennyworth había huido con su pretendiente, un plebeyo americano, para hacerse de una nueva vida en la lejana América. Todo sin la bendición de sus padres y dejando a sus hermanas menores en una precaria posición

social. Lo único que las había salvado era que lord Pennyworth, como miembro de la cámara de lores, tenía una reputación intachable y poseía el suficiente poder e influencia sobre varios de sus pares como para que toda la situación solo fuese susurrada entre las damas durante algún que otro evento social.

—¿Sabes? Escuché rumores sobre lord Humboldt... que está buscando una prometida para su hijo.

—Por favor, Sophie es demasiado especial para unirse a esa familia. Ellos son tan...

—¿Estúpidos?

Clarisse se escandalizó y rio a partes iguales ante la palabra de su amiga.

—Iba a decir que no creo que sea el matrimonio correcto para Sophie. Ella, aunque no lo parezca, es temperamental. Necesita un hombre que sepa cómo lidiar con toda esa pasión.

—Tenemos varios posibles pretendientes, querida. No hace falta que nos preocupemos por eso. —El gruñido que sonó a sus espaldas les robó una enorme sonrisa a ambas damas. Acababan de plantar la primera semilla para que su plan se pusiera en movimiento.

***

Nathan gruñó mientras sus manos se convertían en puños. ¿Quiénes se creían que eran esas dos viejas para estar decidiendo sobre las vidas ajenas como si nada? En especial, sobre la vida de Sophie.

Luego de varios días de observarla, no tardó en descubrir que las cosas no eran exactamente como su familia le había dicho. De hecho, estaba seguro de que había mucho más en juego de lo que sabía, y eso lo enfurecía.

Era obvio que la joven tenía amigas y familia que se preocupaban por ella, pero por alguna razón no quiso... o no pudo recurrir a ellos para ayudarla. Considerando que una de sus amigas estaba casada con el duque de Kensington, eso indicaba mejor que nada lo peligroso de la situación. Solo que él aún no había logrado descubrir qué era lo que le impedía a Sophie recurrir a ellos.

Escuchó vagamente la conversación de las damas hasta que mencionaron un posible arreglo matrimonial para la joven. Desde su regreso a Londres, había oído diferentes cosas sobre ella, y todo indicaba que, de ser una dama elegible, había caído en la categoría de inadecuada..., pero todo basado en rumores y suposiciones que no tenían fundamento.

Excepto que él mismo había visto a Sophie ingresar a un prostíbulo por la puerta trasera. Preocupado, se pasó una mano por el cabello, alborotando los castaños mechones... Si tan solo pudiera encontrarse con la joven a solas y hablar con tranquilidad. Lejos de oídos y ojos curiosos. Estaba seguro de que podría revelar el secreto que la ella guardaba tan celosamente. Porque estaba seguro de que se relacionaba con su supuesta «misión» en Londres.

Y, quizás, pudiera ofrecerle algo a cambio que también la ayudase a sacarse de encima a las entrometidas damas.

Capítulo 5

A la mañana siguiente...

Sophie observó con atención a su alrededor antes de abandonar la casa. Aún era temprano para que Connor y su tío estuvieran levantados, pero nunca se sabía cuándo podría estar de guardia alguno de sus hombres.

Por fortuna, la tormenta pareció haberlos disuadido de cumplir con su labor adecuadamente, lo que funcionaba de maravillas para ella porque ayudaba a cubrir su rastro mientras se escabullía por las calles del centro londinense.

Aunque más de una vez sintió que el corazón se le iba a detener cuando algún que otro osado transeúnte se detenía a mirarla, al final, supo que tan solo eran caballeros intentando juzgar a ver si valía la pena o no entrometerse con una sirvienta. No que eso le diera mucho alivio, pero mientras mantuvieran sus distancias y tan solo mirasen, no había problema alguno por ello.

En esos momentos, agradeció como nunca antes que sus flamígeros cabellos estuvieran escondidos bajo la horrenda cofia. De esa manera, todos solo veían a una pálida y pecosa sirviente apresurándose a hacer un mandado para su señora.

Sintió que los nervios volvían a invadirla cuando ingresó al callejón trasero del burdel de *madame* Pompadour, pero la realidad era que no había ningún otro lugar más donde pudiera reunirse con Raymun y que eso no levantase sospechas. Porque incluso en una época como aquella, la conducta de las sirvientas se reflejaba en su señora, y si algún entrometido consideraba que ella se estaba

comportando de manera incorrecta, eso de seguro que causaría que su tío finalmente la castigase.

—¡*Lassie*! —El hombretón escocés la abrazó con fuerza mientras la levantaba del suelo. Siempre había sido así desde que ella era una niña, y le ofrecía un consuelo que no sabía que necesitaba hasta que se halló llorando contra su amplio pecho.

—¿Ellos te lastimaron, niña? —De inmediato su tono se volvió mortífero.

—No. No... solo asustado un poco, pero tienen a Robbie encerrado y ya no sé qué hacer... *Madame* Pompadour me prometió ayudarme, dijo que tenía un plan... —logró decirle entre el llanto entrecortado.

—Tranquila, mi niña. Todo va a salir bien. —El hombre volvió a abrazarla mientras la consolaba.

—Es solo que... estoy asustada. Si llega a ocurrir algo. La sociedad de Londres ya me mira por arriba de sus respingadas narices. Lo que ocurrió en el puerto es sabido por todos... Ellos no me van a ayudar.

—¿Estás tan segura, mi niña? Recuerdo que me mencionaste a ciertas amigas floreadas... floridas....

Eso hizo que Sophie riera, pero enseguida negó con la cabeza.

—Casi floreros. No puedo hacerles eso. Cali esta embarazada y todas se fueron al campo para preparar las celebraciones para su casamiento «real». Me rehúso a caerles con semejante problema. Sin mencionar que ambos sabemos que si lo de Robbie se descubre... —Sophie tembló de manera más que perceptible.

—Tranquila, *lassie*. Tan pronto pueda volveré para hablar con *madame* Pompadour. Pero, por ahora, tú debes permanecer aquí en la ciudad... incluso si es en las garras de ese maldito bastardo. —Raymun maldijo por lo bajo luego de decir aquello.

—Pero...

—Él tiene razón, señorita. —La voz de Johnny los interrumpió y les hizo saber que su reunión llegaba a su fin—. *Madame* Pompadour desea tener unas palabras con usted, milord Raymun.

—Nada de milord, *laddie*. Eso es para mequetrefes amanerados ingleses. Yo soy escocés.

—Sí, señor. Lo siento, señor. —Johnny parecía a punto de orinarse los pantalones de los nervios, lo que le produjo una sonrisa a

Sophie, que sabía que el hosco hombretón era puro ladrido, pero poseedor del corazón más gigante de todas las Tierras Altas.

—Llévame con ella. Sophie...

—La señorita Sophie puede pasar a una de las habitaciones de espera de *madame*. Dice que no espera visitantes hasta más entrada la noche, así que nadie debería molestarla —informó con presteza el jovencito, y se apresuró a guiarlos al interior del enorme edificio.

Por su parte, Sophie estaba aliviada de estar al resguardo de miradas curiosas. En un lugar como aquel, una criada era lo último en lo que cualquiera de los hombres presentes se fijaría. Las meretrices ligeras de ropa y risa rápida acaparaban toda la atención. Y la joven estaba agradecida por ello.

Sin embargo, una vez en el interior de la habitación, sintió que los nervios volvían a apoderarse de ella. No había ocurrido nada que la pusiera en ese estado. Y, sin embargo, sentía que el corazón comenzaba a latirle desbocado.

Asustada, se quitó la cofia y se abrió los primeros botones del vestido. No tardó en arreglárselas para también aflojarse un poco el corsé mientras daba largas inspiraciones intentando calmarse.

Era consiente de que su miedo en aquellos momentos era absurdo. Y, aun así, vio como pequeñas estrellitas comenzaban a danzar frente a sus ojos. Sintió que las piernas se le aflojaban y fue entonces que un fuerte par de brazos masculinos la atraparon. Sabía que Raymun la protegería.

Sin embargo, cuando la depositó con delicadeza sobre el sillón de tres cuerpos, se encontró observando un rostro que le era por completo desconocido, más no así el acento que salió de su boca cuando él comenzó a hablar.

—No fue mi intención asustarla, *milady*.

—¿Quién...?

—Nathaniel Howard a su servicio.

—Pero... hablas con acento escocés.

—Eso es responsabilidad de mi padre —le dijo con picardía para luego guiñarle un ojo.

—¿Qué?

—Mi padre era escocés, mi madre es inglesa.

—Yo no soy una meretriz —declaró de manera defensiva.

—Lo sé.

Sophie no sabía qué pensar del desconocido. Sin mencionar que era alto y musculoso, de hombros anchos y rebeldes cabellos castaños. Pero lo que realmente atrapaban la atención eran sus ojos. Le recordaban a un mar tormentoso con ese azul tan intenso, pero que en algunas partes parecía ser un poco más oscuro.

—Lord Howard. —La voz de *madame* Pompadour le produjo un alivio instantáneo y la ayudó a relajarse.

Mientras la dama ingresaba a la habitación, el caballero se apartó de su lado, pero Sophie sabía que toda su atención aún estaba fija en ella. Sintió que el sonrojo lentamente se apoderaba de sus mejillas, pero se rehusaba a mirarlo. Su aparición había sido demasiado repentina y aún no sabía quién era exactamente él, más allá de su nombre. Bien podía ser uno de los clientes más exclusivos de *madame*, a quienes atendía ella misma y se aseguraba que todas sus necesidades fueran satisfechas.

—Johnny, acompaña a Sophie a mis aposentos y quédate allí con ella, por favor —ordenó la dama, a lo cual el muchacho se apresuró a obedecerle, y pronto Sophie se encontró en una nueva habitación... preguntándose cuál era la relación entre lord Howard y *madame* Pompadour.

Capítulo 6

Chatfield Manor

Unos días más tarde....

Sophie suspiró pesarosa. Lo último que deseaba hacer aquella noche era mirar a la incontable cantidad de parejas pasar bailando delante de ella mientras se veía relegada a ser una decoración en el rincón.

De haber estado con sus amigas, no le hubiese importado, pero sola... no era algo que le entusiasmase en lo más mínimo. En un primer momento, cuando Tasia y Lana le enviaron una misiva, creyó que se trataba de buenas noticias..., pero había resultado no ser así. Las jóvenes Petrovich le informaban que no iban a participar en el resto de la temporada porque debían regresar a Rusia con urgencia por una situación familiar «complicada». Y si había algo sobre lo que Sophie sabía era sobre eso. Una «situación familiar» había sido exactamente lo que la había metido en todo ese embrollo. Solo esperaba que, cual fuese el problema de sus amigas, tuviese una solución mucho más sencilla que la de ella.

Perdida en sus pensamientos, no supo que le hablaban hasta que una masculina mano apareció en su campo visual, forzándola a focalizarse en lo que ocurría a su alrededor.

Elevó la mirada para encontrarse perdida en los ojos tormentosos del desconocido del burdel y la mano aun extendida frente a ella.

—¿Perdón?

—Me preguntaba si aceptaría bailar esta pieza conmigo, *lady* Sophia.

—¿Por qué? —Si él era la amante de *madame*, quien además era su tía, no quería tocar al caballero ni con un palo de cien metros.

—Porque es lo que se suele hacer en eventos como este, y pensé que quizás le gustaría dejar el objeto de todo tipo de especulaciones debido a su presencia en Londres y su más que obvia ausencia en los preparativos para la boda de una de sus más queridas amigas.

Consternada, Sophie observó a su alrededor y vio las más que obvias miradas focalizadas en su persona. Odiaba eso. Ya de por sí había escuchado todo tipo de comentarios sobre sus llamativos cabellos, pero encima sumarle más rumores a los que ya andaban circulando la enervaba.

—Acepte, *milady*. O de lo contrario *madame* va a solicitar mi cabeza.

—¿*Ma-dame*?

Fue apenas un ligero asentimiento, pero eso la puso de inmediato en movimiento. Con una sonrisa que ella rogaba se viera sincera, deslizó su mano en la masculina y le permitió guiarla al centro de la pista de baile.

No tardó en hallar a su tío de pie cera de la pista, pero la postura de su cuerpo era relajada, a diferencia de la de Connor, que parecía a punto de sufrir uno de sus arranques de ira. Pero luego de un breve intercambio de palabras y una orden de su tío, el hombre se marchó, la tensión aún emanando de su cuerpo.

Decidida a no dejarse intimidar por ellos, se obligó a sí misma a disfrutar de la danza. Era algo que amaba hacer, y que su compañero fuera muy apuesto no era exactamente un punto en contra.

***

Gordon Cameron observó a su sobrina deslizarse por la pista de baile en brazos del más joven de los Howard, aunque no se parecía en nada a sus enclenques primos, a excepción de los ojos que observaban a Sophie con demasiado interés como para tan solo estar respondiendo a una solicitud de su madre por que invitase a bailar a la solitaria joven.

Los Howard siempre habían sido una familia cercana a la corona inglesa y ese era un detalle que podría serle de mucha utilidad para poder tomar finalmente el control del clan Cameron y asegurarse de que el pequeño Robbie continuase bajo su control, lo que le aseguraba también el manejo del clan MacCleod.

Tan solo debía asegurarse de que la joven mantuviera el interés del caballero lo suficiente como para que ambas familias se vieran unidas por los lazos del matrimonio.

Sonrió con autosuficiencia mientras casi podía saborear todos los beneficios que una unión como aquella le traería. Su sobrina bien podía llevar el apellido Douglas, pero era en el clan Cameron donde la joven había demostrado ser más valiosa. Su padre, ya un anciano enfermo y decrépito, había mencionado más de una vez cómo desearía que la muchacha pudiera ser quien heredara el clan. Y eso era algo que él no iba a permitir. Sophie Douglas bien podía ser la primogénita de su hermano mayor, pero eso no cambiaba nada. Sin su hermano ya en el camino para estorbarlo, el clan sería de él.

—¿Vas a permitir eso?

—Así es. Conviene a nuestros planes.

—¿Qué otro hombre toque lo que es mío?

—Me parece, Connor, que aquí hay una confusión. Sophia jamás fue ni será tuya. Ella es tan solo un peón en mi plan para obtener lo que quiero. Y ahora, márchate si no tienes nada útil que hacer aquí.

Sin volver a hablarle, el hombre se fue hecho una furia. Gordon no era idiota. Sabía que su hombre deseaba a Sophia, pero estaba muy equivocado si creía que iba a permitir que la mancillase cuando bien podrían atrapar al joven Howard en un matrimonio inesperado.

Capítulo 7

Cameron Hall

Al día siguiente...

Sophie tardó unos instantes en reconocer que el ruido que escuchaba eran golpes en la puerta de su habitación. Había regresado la noche anterior y recordaba haber escuchado a su tío ordenarle a la señora Morris dejarla dormir hasta tarde, lo que no explicaba por qué la mujer parecía en extremo ansiosa por verla.

Bostezó y se desperezó antes de colocarse la bata y apresurarse hacia la puerta. Salvo que la casa se estuviese incendiando, y ella dudaba que ese fuese el problema dado que no se olía humo, no comprendía cuál era la urgencia.

—En buen momento has despertado, muchacha, lord Howard te espera abajo. Tu tío autorizó que te visite.

—¿Quién?

—Según me explicó lord Cameron, se trataría del joven con quien bailaste varias piezas la noche anterior.

—¿Y dijo que deseaba verme y el tío lo autorizó?

—Esas fueron las órdenes de tu tío. Ahora ve y prepárate.

Sorprendida, Sophie tardó unos minutos en reaccionar, entonces la puerta de su habitación volvió a abrirse y una bonita joven, que le recordaba a una muñequita de porcelana como las que madame coleccionaba, ingresó.

—*Bonjour*, *mademoiselle*

—*Bonjour.*

—*Je me pal, Marie.*

—*Je me pal...*

—*Sophie... Sophia.*

—*Oui.*

Hacía años que la joven no hablaba francés, pero estaba agradecida por haber aprendido, aunque tan solo fuesen las cosas básicas. Le sorprendía que su tío hubiese contratado a una sirviente únicamente para ella, dado que él controlaba con puño de hierro a todos los miembros de la casa.

—Permítame asistirla, *madeimoselle.*

—Claro. Por supuesto.

Sophie dejó de intentar ajustarse el corsé y no pudo más que admirar las hábiles manos de la joven, que en la mitad del tiempo que le tomaba a ella sola ya le había colocado un vestido azul y le estaba arreglando el cabello en una intrincada trenza.

—Lord Howard va a estar más que satisfecho al verla, *madeimoselle*.

—*Merci beacoup*.

La joven le ofreció una sonrisa y la siguió por el pasillo. Sophie no pudo evitar detenerse frente a la puerta de la habitación de Robbie y apoyar una mano contra la madera.

—Él va a estar bien, *madeimoselle*.

—¿Cómo...?

—Se lo prometo..., *madame.*

Desconcertada, observó a la joven en completo silencio por varios instantes, pero finalmente asintió. No comprendía qué estaba ocurriendo, pero por lo visto *madame* Pompadour había puesto en movimiento cual fuese su plan.

—Lady Sophia —la profunda voz del caballero la sorprendió. No recordaba que sonase de esa manera, pero, por otro lado, no le había puesto demasiada atención en medio de su ataque de pánico.

—Lord Howard.

—La señora Morris les ha preparado algo para compartir en el comedor, *madeimoselle*.

Sophie, nerviosa, no sabía muy bien qué hacer. Nunca había atraído la atención de un hombre como Nathaniel Howard. Sin mencionar que para ir al burdel de *madame* Pompadour le

interesaban cosas en el ámbito sexual que estaban muy alejadas de los conocimientos básicos que ella poseía.

—¿*Milady*? —Él pareció percibir su nerviosismo porque se apresuró a ofrecerle uno de sus brazos y la escoltó hasta su lugar en la mesa; luego procedió a sentarse frente a ella.

Sophie notó que la ama de llaves había puesto su más fina vajilla, y eso le hizo fruncir el ceño. Desde su regreso a Londres, siempre tuvo la impresión de que su tío no deseaba que nadie se le acercase demasiado. Como si al hacerlo corriese peligro que descubrieran su secreto... o sea, la presencia de Robbie.

Podía sentir la mirada de lord Howard focalizada en ella, pero ya no estaba muy segura sobre qué pensar al respecto. ¿Acaso él creía que ella era una de las meretrices de *madame* Pompadour? Porque de ser así, lo esperaba un duro despertar. Podía no ser una experimentada dama, pero sabía lo suficiente como para no pasar vergüenza teniendo un ataque de histeria en su noche de bodas.

—Lo lamento mucho si mi visita fue inesperada, *lady* Sophia. —Él pareció intuir sus pensamientos, aunque ella estaba segura de que no las razones de ello.

—Por favor, lord Howard. Mi sobrina se siente más que halagada y agradecida porque usted haya mostrado un interés en ella —sonó la voz de su tío Gordon—. Espero comprenda que la señora Morris y la joven Marie los acompañarán en su paseo matutino.

Sophie miró a su tío completamente sorprendida. No solamente había aceptado que el caballero desayunase con ella, sino que, además, lo había autorizado para que la escolte en un paseo por el parque. O el infierno finalmente se había congelado o el hombre se traía algo entre manos. Lo que implicaba que ella iba a tener que andar más atenta de lo usual.

Capítulo 8

Parque Hyde

Unas horas más tarde...

Nathan observó de reojo a *lady* Sophia, que caminaba a su lado perdida en sus propios pensamientos. La realidad era que no podía culparla por ello. Toda la situación entre ellos parecía irreal.

Su primer encuentro cara a cara había sido en el burdel de *madame* Pompadour, en donde la dama lo había citado por medio de una misiva y sin darle muchas explicaciones al respecto. Luego, lo había engañado para que su camino se cruzase con el de Sophie, solo para hacer que Johnny la alejase con rapidez de él.

Después estuvo su encuentro en el baile, donde sabía que la hallaría como resultado de haber espiado las conversaciones entre las dos entrometidas y ancianas damas.

No necesitó ninguna clase de convencimiento para presentarse al día siguiente en las puertas del hogar de su familia y expresarle a lord Cameron sus deseos de cortejarla. Ella no solo le resultaba bellísima, sino que había caído completamente cautivado por ella al verla tratar a las personas a su alrededor, incluso el anciano perro en la esquina de la modista al que ella siempre llevaba un hueso de obsequio.

Aunque aún estaba el pequeño detalle del secreto que ella guardaba y que podía ser, o no, que tuviera relación con la desaparición de cierto niño. Pero estaba dispuesto a descubrirlo y así eliminar cualquier posible sospecha que recayera sobre *lady* Sophia.

No tardaron en hallarse en las márgenes del pequeño trecho de agua entre el parque y los jardines de Kensington. Se podían ver

pequeños botes blancos navegando el mismo, guiado por pocos experimentados remeros.

—¿Me permitirá invitarla a pasear en bote, *lady* Sophia?

—Me encantaría —su respuesta fue inmediata, acompañada de una sonrisa radiante, la misma que ella le ofrecía libremente desde que se conocieran.

—Pero lord Gordon dijo... —se quejó la señora Morris.

—Milord no se encuentra aquí y me autorizó a cortejar a *lady* Sophia como mejor considere adecuado —la cortó de plano Nathan; la mujer le resultaba en extremo desagradable, en especial por el obvio desprecio que parecía sentir por Sophie, que en todo momento se mostraba sumamente educada con ella.

—Vaya, *madeimoselle*, nosotras la esperaremos aquí.

—Pero...

—Vamos a estar a la vista de todos los que aquí se encuentran, ¿o acaso cree que voy a atacar a lady Sophie en la mitad del lago? —inquirió mientras se cruzaba de brazos. No iba a permitir que nadie cuestionase su honor, y menos aun en relación a Sophie.

—No... no... milord, por favor... —La mujer optó por cerrar la boca y, aunque era obvio que nada de toda la situación le agradaba, con Marie de pie a su lado, los dejó a ambos subirse a un bote.

Si le sorprendió que la joven no dijese nada mientras la discusión ocurría, no lo mencionó. De hecho, ninguno de los dos dijo nada hasta que no estuvieron casi en el centro de la pequeña expansión de agua.

—Gracias... —fue apenas un susurro, pero él la escuchó con claridad.

—No tienes por qué. No sé cómo haces para tolerarla. —Decidió que ser sincero, dentro de lo posible, era el mejor curso de acción a tomar con Sophie si esperaba que ella confiase en él lo suficiente como para explicarle la realidad de su situación.

—En general, no pasamos casi tiempo juntas. Es el ama de llaves de mi tío y yo la evito lo más posible.

—¿Por qué?

—Es... complicado. Mi tío es familia, pero... él no se comporta como tal.

Nathan sabía que si no aprovechaba ese momento, bien podría no tener otra oportunidad.

—Sé que estas en problemas, Sophia.

—¿Qué?

—Ignoro por qué no has recurrido a tus amigas. Alexander tiene más que el suficiente poder para protegerte. Así que tan solo puedo suponer que tienes tus buenas razones.

—Lord Howard, le agradezco su interés por mí, pero ahora me gustaría regresar a la costa, por favor. La señora Morris y Marie ya llevan un rato esperándonos.

Capítulo 9

Sophie entro en pánico. No había otra manera de describir su reacción. Ella nunca había sido de responder de esa manera pedante y sobradora a nadie. Ya había visto a su abuelo calentándoles el trasero a más de uno de sus primos por tener actitudes como aquellas solo por ser nietos del *laird*, y se aseguró de inculcarles a todos que todos eran iguales, más allá del rango nobiliario que portasen.

Pero por la manera en que lord Howard la observaba en aquellos momentos, había tomado la decisión correcta. Cuando se lo preguntó la primera vez, una parte de ella flaqueó... deseó con desesperación poder contarle toda la verdad de lo que estaba ocurriendo, pero entonces recordó las amenazas de su tío. La realidad era que mientras Robbie estuviese en poder de Gordon, ella tendría que ser muy cuidadosa con todo lo que hiciera.

Ya estaban cerca del muelle y ella saludó con un gesto de la mano a ambas mujeres. La señora Morris parecía estar fuera de sí de ansiedad, probablemente porque creía que ella le habría suplicado al caballero por su ayuda. Definitivamente no la conocía para nada bien. Ella jamás haría algo que pusiera en peligro a Robbie.

Lo vio a Nathan descender primero para de inmediato girarse y ofrecerle su mano para ayudarla a bajar.

—Por favor, *lady* Sophia, mi oferta es sincera. Solo deseo ayudarla

—Se lo agradezco, milord, pero es innecesario —le respondió con frialdad, y se apresuró a liberarse de su agarre.

Algo en la expresión de su rostro debió traicionarla porque Marie de inmediato estuvo a su lado y le tomó una mano.

—¿Se encuentra bien, *madeimoselle*? Esta muy pálida.

Eso consiguió una instantánea reacción de todos y no tardaron en hallarse de regreso en el hogar de los Cameron. La enorme casona era tan solo una prisión elegante en lo que a Sophie concernía. Extrañaba sus amadas Tierras Altas, pero al igual que ocurría con sus amigas rusas, pronto ya no sería seguro viajar hacia estas. Con la llegada de las estaciones frías, el camino se volvía riesgoso. Razón de más para no albergar esperanzas de poder salvar a Robbie de la situación en la que se hallaban. Sin mencionar que Raymun le había dicho que la salud de su abuelo aún era en extremo delicada. Jamás se perdonaría si se volvía responsable de matarlo con un disgusto como el que su alocada hermana había ocasionado.

Sophie supo que debía hallar una salida, pero que no pusiera en peligro la vida de nadie.

Capítulo 10

Cameron Hall...

Unos días más tarde...

Sophie observó el paisaje a través de la lluvia torrencial. No sabía a qué se debía la visita de Nathan aquel día, pero había esperado con muchas ansias volver a verlo. Pese a su negativa de que nada estaba ocurriendo, él continuó visitándola día tras día con la intención de cortejarla, pero ella intuía que había algo más a su reclamo de repentino interés.

No había intentando ni tomarle la mano, menos aun intentar robarle un beso. Lo que la confundía y enojaba por partes iguales. Comprendía el no desear comprometerla cuando estaban en público, pero las veces que habían sido dejados a solas con Marie como única compañía él podría haber intentando algo y jamás lo hizo.

En el fondo, ella se sentía decepcionada. En parte, porque en algún momento de los días transcurridos se había permitido fantasear con la ilusión de que él podría ayudarla, pero como nunca volvió a tocar el tema, decidió que tan solo había sido mera curiosidad de su parte.

Cada vez parecía más y más que lord Nathaniel Howard era uno más entre un montón de caballeros que buscaban un matrimonio ventajoso. No que fueran a obtener algo más de ella, más allá de una cuantiosa dote. Pero ella había hecho su tarea y no le costó descubrir que la familia Howard era una de las más antiguas y encumbradas del reino. Sin mencionar que parecían haber estado involucrados, a lo largo de los años de la historia del Imperio Británico, en toda intriga política habida y por haber.

Eso último había sido lo que terminó de desencantarla del hombre. Él era el mejor luego de tres hermanos varones, los cuales cada uno poseía títulos y tierras propios, sin mencionar el poder que ostentaban. Sin embargo, él, con su condición de ser mitad escocés, lo habían pasado por alto en cuanto a todo eso se refería.

—¿*Madeimoselle*? No esté triste. Lord Nathaniel espera con ansias que usted le obsequie con su sonrisa.

—Hoy no me siento bien, Marie. Por favor, preséntale mis excusas. No tiene sentido hacerle perder tiempo aquí.

—Pero lord Cameron...

—Por favor, Marie, tan solo deseo recostarme y descansar por un rato.

La joven criada francesa pareció a punto de volverle a insistir, pero finalmente decidió pensarlo mejor porque asintió y, luego de realizar una reverencia, abandonó la habitación con rapidez.

De seguro para interceptar a su tío antes de que toda la situación se saliera de control y ambos comenzaran a los gritos.

Capítulo 11

Nathan decidió que se había vuelto loco. No había otra manera de explicar la locura que estaba cometiendo. Si al menos hubiera escogido un día soleado para llevar a cabo semejante hazaña... Pero no. Había decidido ver a *lady* Sophia, incluso si para ello tenía que resbalar de su agarre en el segundo piso para caer y romperse la cabeza.

Afortunadamente, Marie estaba de su lado. Y fue con su ayuda que logró descubrir cuál era la habitación de Sophie y cómo ingresar mejor a esta sin ser descubierto.

En ese momento, todo dependía de sus oxidadas habilidades como trepador, que tanto las había usado de niño, y también de que ella le abriera la ventana cuando lo viera, en vez de ponerse a gritar y delatar su presencia al resto de los habitantes de la casa.

La suerte pareció estar de su lado, porque tan pronto se acercó a la ventana, la cortina se apartó y se encontró con el sonriente rostro de la joven Marie, quien de inmediato le abrió la ventana y le permitió ingresar.

—*Madeimoselle* aún duerme... permíteme despertarla para que no se asuste.

Asintió y se apresuró a quitarse la mojada chaqueta mientras esperaba que la joven francesa cumpliese con su cometido.

—¿Marie? ¿Qué...?

—*Ce important, madeimoselle.*

—Marie... —se escuchaba la voz adormecida de Sophie, o así fue hasta que lo vio a él y de inmediato se cubrió con la manta hasta la barbilla.

—Es imperativo que hable con él, Sophie. Lord Nathan pueden ayudarnos.

—Pero...

—*Madame* confía en él. Debes escucharlo.

Aún confundida, se levantó de la cama y aceptó la bata que la joven le ofreció.

—*Lady* Sophia, perdone la invasión, pero supuse que era la única manera en la cual pudiéramos hablar a solas con tranquilidad.

Podía ver la desconfianza en su mirada, aun así, asintió y le ofreció uno de los dos asientos junto a una pequeña mesa que no había sido diseñada para más de un comensal.

—Sé que esta en problemas...

—No...

—Mi padrino es el *laird* del clan MacCloud.

Eso pareció callar al instante a la joven porque lo miró con cierto temor mientras tomaba asiento frente a él. Odiaba habérselo causado, pero era imperativo que se sincerasen.

Sin embargo, no logró volver a pronunciar nada que las lágrimas comenzaron a derramarse por las mejillas de la joven.

—Sophie... —fue apenas un susurro, pero no tardó en arrodillarse frente a ella y sujetarle el rostro en sus manos.

—Gordon va a matarlo...

—¿Qué?

—Gordon, mi tío..., él quiere ser el nuevo *laird* del clan Cameron.

—Pero tu abuelo aún vive y por lo que sé su salud ha mejorado. No mucho, pero está mejor que cuando te marchaste de Escocia.

—¿Qué? —La confusión era obvia en la cristalina mirada femenina.

—Sé que uno de sus hombres te contactó hace unos días atrás, pero es realmente así... Desde que tu tío no esta allá.

—¿Mi tío le estaba haciendo algo a mi abuelo?

La angustia en su voz fue lo que lo impulso a levantarla de su asiento, ocuparlo él y acomodarla sobre su regazo. Se la veía tan frágil y vulnerable en aquellos momentos. Muy diferente a la imagen de calma y serenidad que siempre proyectaba para el mundo exterior.

Esperó hasta que su respiración se calmó, antes de volver a hablar. No tenían mucho tiempo y era imperativo que aclarasen todo antes de que debiera marcharse. No se le había pasado por alto la manera en que el maldito Connor observaba a la joven, y podía notar un hombre al límite de su control. Necesitaba sacar a Sophie de esa casa cuanto antes.

—Escúchame... mi padrino me envió a buscar al niño. Me dijo que tú te lo llevaste. Comprendo que hayas tenido una aventura con su hijo, no te guarda rencor por ello, pero quiere a su heredero de regreso. Creen que lo secuestraste.

—No lo hice. Yo... solo quería que estuviera a salvo. Pensé que si me lo llevaba conmigo a Londres todo estaría bien. Mis amigas me ayudarían.

—¿Qué ocurrió entonces?

—Mi tío...

—¿Cómo supo dónde hallarte?

—No lo sé. No era exactamente muy difícil, pero no debió estar aquí apenas desembarcamos... —susurró Sophie pensativa.

Lo que daba pie aun a más incógnitas. Nathan frunció también el ceño. Por lo visto, había varios en el clan Cameron que conspiraban contra su *laird*. Y no sería raro que esas fueran las mismas personas responsables de lo que estaba ocurriendo.

Pero dado que el pequeño era el hijo de Sophie, ella tenía ciertos derechos, en especial porque su padrino, más allá de estar furioso con la manera en que se habían desarrollado las cosas y quería a su nieto de regreso, no le guardaba rencor a la joven por haberse asustado. La relación entre los Cameron y los MacCleod no era exactamente cordial. Un niño fruto de esa unión definitivamente era algo que lo había tomado por sorpresa.

Pero entonces, con Sophie en sus brazos, no podía simplemente marcharse.

—Sophie, sé que no es la situación mas romántica del mundo pero..., ¿aceptarías ser mi esposa?

La joven se levantó de su regazo como si alguien la hubiese pellizcado. La vio alejarse en dirección a la ventana, luego girarse a

observarlo, llevarse una mano a la boca y luego volver a girarse hacia la ventana.

—Sophie...

—¿Por qué... por qué quieres casarte conmigo? —le hizo la pregunta sin observarlo.

—Si me lo hubieses preguntando apenas llegué a Londres, te habría dicho que para cumplir la promesa que le hice a mi tío.

—¿Y ahora?

—Ahora... deseo protegerte, Sophie. A ti y a tu hijo. Sé que no me amas, que apenas me conoces, pero si me lo permites, me gustaría iniciar una vida a tu lado.

Esa vez, cuando se giró a observarlo, vio la más absoluta sorpresa reflejada en su mirada.

—Todo esto es tan...

—Inesperado. Lo sé. Pero por lo que me has contado y he visto, no creo que tu tío se quede tranquilo mucho tiempo más. En especial, cuando le llegue la noticia de la mejoría de tu abuelo, Sophie.

—Lo sé. —Nuevamente la tristeza invadió su rostro.

—Sé mi esposa, Sophie, y déjame entregarte la protección de mi apellido.

—¿Los Howard?

—Y los MacKenzie.

—¿¡Qué?!

Esa vez él sonrió con picardía mientras se levantaba del asiento y se le acercaba.

—Mi padre es el *laird* del clan MacKenzie, Sophie.

—Pero... tú... eres un Howard.

—Una ridícula estipulación de mi madre dado que insistió en que pasase parte de mi tiempo con su familia.

—Por eso el acento la primera vez que nos conocimos...

—Así es. Supuse que un acento familiar te ayudaría a tranquilizarte.

Se le acercó aún más, con lentitud, hasta que finalmente la sostuvo en sus brazos.

—Entonces, ¿aceptas ser mi esposa, Sophie?

—Sí.

Capítulo 12

Gretna Green

Sophie, con ayuda de Marie, habida preparado un sencillo equipaje. Tan solo consistía del vestido que estaba usando y luego una muda para dormir si es que decidían pasar la noche en aquel lugar. Había una posada cercana y, si el tiempo volvía a empeorar, se alojarían en esta.

Sabía que en aquel lugar el matrimonio era apenas una formalidad. Aunque su amiga Cali había sido bendecida por un párroco, la suya con Nathan sería oficiada por el herrero del lugar, quien, a su vez, junto a su aprendiz, oficiaría de testigos. Definitivamente, no era su boda soñada.

Pero sabía que era quizás la única manera de mantener a Robbie a salvo. Dudaba mucho de que incluso su tío se atreviera a desafiar abiertamente al *laird* del clan MacKenzie, y si su abuelo realmente se estaba recuperando no pasaría mucho tiempo antes de que su ama de llaves le relatase lo ocurrido y la razón de su huida a Londres.

—¿Lista?

La voz de Nathan la apartó de sus cavilaciones y, cuando él le ofreció una mano, ella la aceptó. Al fin y al cabo, él estaba por convertirse en su marido, el contacto físico entre ellos era algo a lo que iba a tener que acostumbrarse. Solo esperaba que la sonrisa en su rostro no se viese tan trémula como ella se estaba sintiendo en su interior, porque sentía que en cualquier momento se iba a desmayar.

—Sophie...

—Mmm...

—Sophie...

—Mmm...

—Mírame.

Al instante, elevó la mirada que no sabía que había estado focalizando en el enorme yunque de hierro que se había vuelto un símbolo común de las ceremonias matrimoniales en Gretna Green.

—Si no deseas hacerlo...

—No es eso... —Y se sonrojó.

—¿Entonces qué es? —Su voz era amable y su mirada, cálida, probablemente por eso Sophie barboteó exactamente lo que estaba pensando.

—Jamás nos hemos besado, ¿y si somos incompatibles? La vieja Sorcha dice que a veces los cuerpos de los hombres y las mujeres no son compatibles y por eso duele...

Pero no logró pronunciar más que esas palabras que Nathan la sujetó entre sus brazos y, sin darle tiempo a reaccionar, se apoderó de sus labios. A Sophie se le aflojaron las piernas, pero él la sostuvo contra su cuerpo mientras le mordisqueaba con delicadeza el labio inferior, sorprendiéndola y logrando a su vez su objetivo, que ella entreabierta la boca y así él poder arrasar con su interior. Para cuando finalmente se separaron para tomar aire, Sophie estaba segura de que sus piernas no volverían a sostenerla.

—¿Aún crees que somos incompatibles?

Sonrojada, solo pudo negar con la cabeza mientras se llevaba una mano a los labios.

—Sophie...

—Mmmm....

—Jamás voy a tomar nada que no me sea entregado libremente.

Ella lo miró confundida.

—Estamos por contraer matrimonio, pero no espero que me dejes yacer como un hombre y una mujer lo hacen hasta que no estés cómoda conmigo a tu lado.

Sophie no estaba segura de cómo lo hacia, pero sus palabras la tranquilizaron. Había escuchado demasiadas historias de horror al respecto y realmente no quería pasar a formar parte del grupo de mujeres que temen tener relaciones con su marido.

—Gracias, Nathaniel.

—Nathan está bien, Sophie. Ahora voy a ser tu esposo. Odiaría que vanas formalidades se interpusieran entre nosotros.

La joven le sonrió radiante y caminaron los pocos pasos que sellarían su unión. Media hora mas tarde, abandonaban la herrería como marido y mujer.

—Sé que sería agradable pasar una noche alejados de la locura de Londres, pero luego de lo que me contaste —porque Sophie le había revelado casi todo en su camino a Gretna Green—, si no estas muy cansada, me parece que lo mejor sería regresar. No sé cuanto Marie pueda distraerlos hasta que realmente noten tu ausencia.

—Mi tío ama el poder, va a estar estático de que me haya casado contigo.

—Quizás. Pero lo que él no sabe es que no estoy dispuesto a ser un peón en sus maquinaciones. Y el aún no es el *laird*, por ende, tampoco va a conseguir muchos aliados en las Tierras Altas, en especial cuando ciertos amigos de tu abuelo descubran lo que él ha estado haciendo.

—¿Realmente lo crees?

—Así es, Sophie. Entre el pequeño Robbie y nuestro matrimonio, tu tío va a descubrir que se está por enfrentar a ciertos adversarios formidables.

Por primera vez en meses, Sophie suspiró aliviada. Aún había un pequeño secreto que no le había revelado, pero en el gran esquema de las cosas era una detalle menor. ¿O no?

Capítulo 13

Londres

Cameron Hall

—¡¿Qué ella que?! —Lord Gordon Cameron fulminó a la joven criada con la mirada.

—Lo siento mucho, milord. Ella me dijo que la señora Morris la iba acompañar. Como usted me encargó otras tareas, no pensé nada al respecto —respondió Marie negándose a ser intimidada por un hombre despreciable como aquel.

A diferencia de Sophie, ella tenía mas libertad de movimientos y ya había visitado al pequeño varias veces a pedido de la joven. Aunque se hallaba bien de salud, la tristeza en sus enormes ojos verdosos era innegable. Marie no había podido más que admirar las similitudes entre el pequeños y Sophie, aunque sabía que no eran realmente madre e hijo, cualquier otra persona al verlos juntos pensaría lo contrario. Lo que también explicaba por qué Gordon insistía en que el pequeño estuviese lo más lejos posible de la vista pública.

En silencio, agradeció que lord Howard hubiese aceptado el plan que *madame* Pompadour, instigada por las dos viejas chusmas, había ideado para salvar a Sophie de semejante situación.

Si todo salía bien, ella regresaría como la esposa de un prominente miembro de la aristocracia inglesa, y eso solo le daría el suficiente peso como para poder ejercer presión sobre su tío y alejarlo a Robbie de aquel lugar.

—Mira, pequeña zorra, nos van a decir a dónde diablos se metió Sophia o... —el maldito bastardo de Connor le aferró con fuerza el

brazo derecho, lastimándola, pero Marie se rehusaba a darle el gusto de verla temblar ante él. No era ni el primer ni el último hombre en ponerle las manos encima y se rehusaba dejar que la intimidaran.

—¿O qué, milord? ¿Me va a golpear? —lo desafió abiertamente.

—Basura...

—Suéltala, Connor.

—Pero...

—¡Que la sueltes! ¡Ahora! —gritó Gordon forzando al otro hombre a que la liberase y casi haciendo que ella perdiera el equilibrio.

Marie no estaba segura de por qué él repentinamente la defendía, quizás temía que si Connor la golpeaba, la dejaría demasiado inutilizada como para poder darles algo de información útil.

—¿Qué ocurrió anoche, muchacha?

—*Lady* Sophie se retiró a sus aposentos luego de pasar unas horas con el pequeño. Cuando se inició la tormenta, el niño se asustó y comenzó a llamarla a los gritos. La acompañé hasta la habitación y nos quedamos ahí hasta que la tormenta se calmó, luego ella regresó a sus propios aposentos y me pidió que no la levantase demasiado temprano porque no se sentía bien.

—Continúa...

—Si ella seguía así al día siguiente, le iba a solicitar, milord, por un médico, pero cuando le llevé una bandeja con el desayuno, me informó que ya se sentía mucho mejor y que iba a aprovechar la mañana para ir a retirar unos vestidos que le había encargado a la modista. Dijo que milord quería que los usase en los próximos eventos.

—¿Connor?

—Todo ocurrió así... —ambos hombres fruncían el ceño mientras intentaban descubrir qué había ocurrido con Sophia.

—¿Entonces?

—La ayudé a prepararse e incluso la acompañé escaleras abajo. Escuchamos a Robbie llorar y me pidió que me ocupase de él mientras ella esperaba a la señora Morris. Cuando volví a bajar, ninguna de las dos se hallaba en la casa, así que supuse que se habían marchado.

—¿Dónde demonios se metió esa maldita muchacha? —casi rugió Gordon cada vez mas malhumorado.

—Aquí, tío. —Con la discusión y el interrogatorio, no habían escuchado la puerta del frente abrirse ni como Sophie ingresó acompañada de Nathan.

—¿Te atreves a presentarte ante mi persona después de haber pasado la noche afuera de mi casa?

—Zorra buscona... —Connor apenas si dio dos pasos en dirección a Sophie que un certero puñetazo de Nathan lo derrumbó.

—Le sugiero se cuide de cómo le hablas a mi esposa, McIntosh.

—¿Esposa? —En vez de estar furioso, la expresión de Gordon había cambiado por completo. Se había puesto de pie y se acercaba a la pareja mientras lo observaba al caballero con un aire calculador —. Debo decir que esta es una sorpresa inesperada, milord.

—Simplemente decidí que no podía esperar a lidiar con todas las engorrosas formalidades inglesas. Le pedí a Sophie su mano en matrimonio y ella aceptó. Espero eso no sea un inconveniente, milord.

—No. Claro. Por supuesto. La pasión de la juventud es difícil de contener. Recuerdo mis propias anécdotas de aquel entonces. Aunque nunca tuve la buena fortuna de conocer a una dama que me hiciera pensar en sentar cabeza —comentó el hombre mientras le ordenaba a la servidumbre preparar un almuerzo de celebración y que le acercasen para beber un poco de *champagne*.

Sophia tuvo que morderse la lengua al oír ese comentario. Todos sabían que Gordon había deseado a su madre y, cuando ella escogió a su padre, un Douglas en vez de a él, su tío focalizó toda su atención en su tía... *madame* Pompadour. Nadie sabía a ciencia cierta qué había ocurrido, pero el resultado de esa tormentosa relación fue que la mujer se marchara de las Tierras Altas y cambiase su nombre y su pasado por completo.

—Les agradecemos su cálida bienvenida, lord Cameron.

—Por favor, muchacho, puedes llamarme Gordon, ahora somos familia.

Capítulo 14

Unos días más tarde...

Propiedad de Nathaniel Howard

Sophie decidido que había enloquecido. Era la única explicación que se le ocurría para lo que veía frente a sus ojos. Pestañeó varias veces en un intento por hacer que la ilusión desapareciera, pero esta seguía ahí.

Su hermana mayor, acuclillada junto a Robbie, que se aferraba con uñas y dientes a Marie para no tener que ir a los brazos de su madre.

—¿Deirdre? —apenas si logró pronunciar el nombre que la joven en cuestión se lanzó a sus brazos.

—¡Sophie! ¡Sabia que podía contar contigo!

La joven sintió que los helados dedos del miedo se apoderaban de su ser. Solo había una razón que explicase la presencia de su hermana en el lugar y no auguraba nada bueno para ninguno de los involucrados.

—¿Dónde estabas?

—Supongo que sabes lo que ocurrió y por qué no podía quedarme en el castillo.

—Estuviste ahí durante meses, Dei, y de repente, de la noche a la mañana, desapareciste como por arte de magia. ¿Te das una idea de los problemas que causaste?

—Por favor, no seas exagerada. No fue nada. Además, ahora que sé que el *laird* MacLeod no está enojado, sino todo lo contrario, quiere recuperar a su nieto y está más que dispuesto a recibir con

los brazos abiertos a la madre del futuro *laird* del clan. Ya no hay nada de qué preocuparse.

—¿Perdón? —Sophie inhaló hondo y rogó estar escuchando mal, porque si no iba a finalmente hacer lo que venia deseando desde hacía mucho tiempo: darle a su hermana un buen golpe por todo lo que había causado.

—Sabía que tú ibas a estar ahí, hermanita. No había lugar más seguro para Robbie que contigo. Por eso, cuando el tío me contactó, le dije cómo hallarte. —La joven aún intentaba sujetar al pequeño, pero este había comenzado a gritar y llorar pidiendo por Sophie—. Sabia que él no dudaría en ayudarnos. En especial, porque le prometí que va a estar a cargo del tutelaje del niño.

—¿Y por qué habría lord Cameron de ser responsable sobre la vida de mi hijo? —la profunda voz de Nathan resonó en la estancia paralizándolas a ambas—. Esa no es una decisión que te concierna..., hermana.

—¿Perdón? Robbie es mi hijo, así que puedo hacer lo que se me dé la gana. —Y de nuevo hizo un ademán para agarrar al niño, pero Marie finalmente se levantó de su lugar en el piso y se acercó a Sophie, donde la joven abrazó al pequeño y lo acunó hasta que este se calmo—. Dame a mi hijo. Ahora.

—No.

—¡Dámelo!

—¿Para que lo uses como un peón en tus maquinaciones de poder junto con el tío? Olvídalo... Si al menos te hubieras comportado como una verdadera madre en vez de dejarlo con la nodriza y casi nunca ir a verlo —le espetó Sophie en el rostro. Iba a hacer todo lo que estuviera en su poder para proteger al niño, incluso de su propia madre.

La firme mano del caballero sobre su hombro le ofreció algo de consuelo, pero Sophie cerró los ojos, no tenía el coraje para mirar a Nathan a los ojos y ver el enojo por ese único secreto que ella le había guardado.

—Le pedio se marche, *lady* Deirdre. Mi esposa y yo deseamos pasar la tarde en familia y usted, definitivamente, no forma parte de ella.

—¿En serio crees que me vas a quitar a mi hijo, zorra?

—Él no es tu hijo. Nunca te importó. Si no, no lo habrías abandonado —respondió Sophie con dureza.

—No tienes ni idea de con quiénes te estas metiendo, Sophia. Dame a mi hijo ahora o te vas a arrepentir.

—Creo que la que no tiene idea de con quién se está metiendo es usted, *milady*. Sophie ya no se encuentra sola, y si por un instante cree que voy a permitir que continúe aquí amenazando a mi familia, está muy equivocada —le dijo Nathan con frialdad, y se interpuso entre ambas jóvenes.

Algo en su mirada finalmente logró el resultado deseado porque Deirdre retrocedió y se alejó unos pasos en dirección a la puerta.

—Te crees muy sabia, hermanita, pero quizás deberías preguntarte por qué, a pesar de llevar varios días casados, él aún no te ha tocado... Quizás no soy la única que busca una posición de poder dentro de la lucha constante de nuestros clanes.

Sophie observó la puerta cerrada durante varios segundos. Las palabras de su hermana le habían dolido, en parte, porque alimentaban sus propios temores desde que se habían instalado en su propia casa y Nathan no había hecho ademán alguno por tocarla.

¿Acaso habría algo de verdad en sus palabras? La más absoluta tristeza la invadió.

Capítulo 15

Un mes después...

Nathan maldijo por lo bajo mientras veía a Sophia paseando por el jardín con Robbie en sus brazos. A pesar de que el frío ya estaba volviéndose mas notorio, había algunas mariposas que parecían insistir en no querer abandonar las fragantes flores que aún toleraban el cambio de clima.

Los chillidos agudos del pequeño le robaron una sonrisa, pero la tristeza en la mirada de Sophie le pesaba en el alma. No lograba dar en la tecla, pero algo había cambiado en ella desde la inesperada, y poco bienvenida, aparición de su hermana mayor Deirdre.

Sin mencionar que su tío Gordon siempre acompañado de Connor parecían una constante en sus vidas. Aunque se había asegurado de que jamás estuvieran en la casa sin que él también estuviese presente, sabía que eso era algo más que la tenía a Sophie preocupada.

Afortunadamente, más buenas noticias habían llegado desde Escocia, cortesía de Raymun y de *madame* Pompadour, que parecía tener una basta red de espías por todas partes. Y él estaba agradecido por ello.

Sin embargo, no lograba develar el misterio detrás del cambio de actitud de Sophie. Si se relacionaba con el hecho de que ella le había ocultado que no era la madre de Robbie, en lo que a él concernía, era un detalle menor. El niño no sería el primero ni el último en crecer sin ser amado, cuidado y protegido por quienes no eran sus padres sanguíneos. Si se relacionaba con que eso revelaba que ella era virgen, también era de inconsecuencia para él.

Experimentada o virgen, Sophie lo había hechizado desde el comienzo y nada ni nadie cambiarían lo que ella le hacía sentir. Solo tenía que hallar la manera adecuada de decírselo. No tenía problemas para hablar con florituras, pero sobre sus verdaderos sentimientos... eso era algo que lo intimidaba. En especial, porque temía abrir la boca y terminar metiendo la pata.

Escuchó de nuevo al pequeño reír mientras Sophie lo cargaba de regreso al interior de la casa. Ya casi era hora de que tomase una siesta o, de lo contrario, terminaría como ya les había ocurrido otras veces: Robbie irritable, corriendo desaforado por toda la casa, hasta que finalmente se quedaba sin energía y lo encontraban durmiendo donde fuera que se hubiese agotado.

Con eso en mente se encaminó hasta la habitación del pequeño y escuchó la voz de Sophie proveniente del interior.

—No sé qué vamos a hacer, Robbie. Te prometí una familia, pero... no estoy segura de que eso sea lo que Nathan realmente quiere. Al menos, no conmigo. —Las palabras de la joven lo paralizaron y se encontró acercándose con sigilo para poder oírla mejor—. Quisiera poder leerlo con la misma facilidad que a un libro. Así, aunque fuese sin palabras, sabría qué es lo que ocurre dentro de él.

El pequeño respondió con su cháchara de bebé, pero eso pareció ser suficiente para que Sophie continuase hablando.

—¿Sabes? Siempre creí que tendría un amor como el de mis padres. Algo eterno y único. En cambio, todo empezó al revés... Primero el bebé, después el casamiento... y ahora tengo un marido que no sé que siente por mí.

Robbie balbuceó algo más en respuesta.

—Te amo, mi pequeño *highlander*. Que duermas bien.

Nathan sabía que de seguro Sophie le estaba dando un beso en la frente al pequeño mientras lo arropaba bien. Ese era su ritual de todas las noches. No tardó en escuchar el ruido de faldas acercándose a la puerta, momento que el aprovecho para detenerse en lo alto de las escaleras. Ya sabía lo que le ocurría a Sophie, era como si un peso se hubiese levantado de encima de él.

Ella pareció momentáneamente sorprendida de verlo ahí, pero le ofreció una de sus dulces sonrisas y se alejó en dirección a sus

aposentos.

—¿Sophie?

—¿Sí?

—¿Seria posible que hablemos unos minutos? En privado...

Ella dudó, pero finalmente asintió y abrió la puerta de su dormitorio. Nathan se apresuró a seguirla y entró a tiempo para verla soltarle la larga cabellera rojiza que siempre lo había enloquecido tanto.

—¿Sabes? Siempre quise enterrar mis manos en tus cabellos y tenerte inmóvil mientras beso cada parte de tu cuerpo hasta hacerte estremecer —le susurró con voz ronca.

La respuesta de Sophia fue instantánea, se sonrojó y su respiración se aceleró mientras lo miraba fijamente.

—¿Me permitirías hacerlo, Sophie? ¿Te entregarías a mí?

Ella tan solo asintió a la vez dejaba que el vestido que se había estado aflojando se apilara a sus pies.

En dos zancadas, Nathan estuvo a su lado y se apoderó de su boca.

—Quiero que sepas todo lo que me haces sentir, mi Sophie —fueron sus últimas palabras mientras despertaba a su esposa a las sensaciones de su cuerpo y lo maravilloso que podía ser cuando había amor entre amabas partes.

***

Unas horas más tarde, Nathan maldijo por lo bajo mientras leía la misiva que un mensajero acababa de entregarle. Luego de haber estado el mes entero trabajando para liberar a Robbie y a Sophie de cualquier cadena que los atrapase en las escaramuzas de los clanes, recibía semejante noticia.

—¿Ocurre algo malo, Nathan? —adormecida, Sophie se acurrucó más a su lado y él envolvió un brazo en torno a su cuerpo.

—Voy a tener que reunirme con mi padrino, amor. Los *laird* descubrieron los planes de tu tío y están furiosos, lo atraparon intentando embarcarse rumbo a Irlanda —le dijo con pesar.

—Pero...

—Lo sé. Y te juro que odio separarme de ti... de ustedes. Pero tu abuelo aún no está recuperado y tener que ser quien condene a su hijo...

—O peor —susurró Sophie ya plenamente despierta—. ¿Quieres que vayamos contigo?

—Nada amaría más, pero no es un buen momento para que estén allá. Los ánimos están caldeados y nunca se sabe lo que puede ocurrir —le respondió mientras se apresuraba a vestirse.

—¿No puedes esperar a que amanezca?

—Podría ya ser demasiado tarde, mi amor. Además, cuanto antes me marche, antes regresaré a ti.

—Nathan...

Él se inclino y la besó con toda la pasión y amor que ella le hacía sentir, esperaba que eso fuera suficiente hasta que encontrara una manera de decírselo que estuviese a la altura de lo que Sophie se merecía.

Capítulo 16

Casa de campo de los Kensington

Sophie suspiró con pesar y observó el paisaje por los amplios ventanales. A pesar de que ya habían pasado dos meses, sentía la profunda tristeza como si fuese el primer día.

Sabía lo que Nathan le había prometido, pero con el paso de los días se le había vuelto cada vez menos llevadero. Comprendía que su lealtad fuese para con su familia, pero al mismo tiempo los resentía. Y no solo a los MacCleod, sino también a los MacKenzie e incluso a los mismísimos Cameron. Razón por la cual se había negado a pasar las fiestas en las Tierras Altas. La sola idea de llegar a cruzarse con él, pero no poder estar juntos le producía un profundo dolor que prefería mantener escondido en su interior.

Además, tenía que pensar en Robbie, y dentro de unos meses ya no serían solo ellos dos. Esa era una sorpresa que definitivamente no esperaba y la tomó por absoluta sorpresa. Aunque podía estar agradecida de que aún no se le notara, no faltaba mucho para eso y le daría un festín a las habladurías.

Una dama embarazada... abandonada por su aristocrático marido para viajar por razones desconocidas a Escocia. Se llevó una mano al vientre y volvió a suspirar.

—¿Náuseas?

La voz de su amiga Cali la distrajo de sus depresivas cavilaciones.

—No. Ya no... Solo estaba...

—Lo sé. Alex se ofreció a traértelo si lo deseas. Tan solo da la orden y él la cumplirá.

Sophie observó a su amiga en silencio por varios instantes y finalmente rompió en un desgarrador llanto.

—Sophie.... —Pese a su avanzado estado de embarazo, su amiga la abrazo con fuerza y amabas se quedaron así hasta que el llanto culminó.

—¿Siempre duele así?

—Quisiera decir que no, amiga, pero... sí. Has visto a mi tía Selene. Un gran amor jamás se olvida, en especial, si esa persona era la otra mitad de nosotras.

—Eso... Él no me amaba. Tan solo estaba cumpliendo con su deber.

—Sophia Douglas, no me vengas con eso. Tú no quisiste despedirlo, pero yo estuve ahí... La expresión en su rostro mientras se marchaba. La manera en que su mirada se dirigía a las ventanas superiores intentando verte una última vez... Eso es amor.

—¿Entonces por qué jamás me lo dijo? En todo el tiempo que estuvimos juntos, nunca dijo una sola palabra —Sophie empezaba a enojarse.

—¿Y tú se lo dijiste? —inquirió Cali sabedora.

—Yo... no..., creí que demostrándoselo con acciones bastaría.

—Sophie, son hombres, salvo que se los escribas en letras grandes en una misiva no comprenden nuestras indirectas —la consoló su amiga.

—Igual... ya no tiene sentido continuar pensando en ello. Él ya no esta aquí y todo indica que no va a regresar pronto.

—Sophie...

—No, Cali. No puedo. Estoy casada con un hombre para quien obviamente dejé de ser una prioridad tan pronto se acostó conmigo, y tengo que ser realista. Si estuviese yo sola, no importaría tanto... nadie ha muerto de un corazón roto. Pero con Robbie y...

—¿Tan tarde he llegado, mi amada Sophie?

Sorprendidas, ambas mujeres se giraron en dirección a la masculina voz. Sophie no podía creerlo y parpadeó varias veces. Había soñado infinidad de veces con ese momento, pero jamás creyó que realmente pudiera darse.

Ahí, de pie en el umbral de la sala de estar, se hallaba el hombre que le había robado el corazón. Pero en vez de lanzarse corriendo a sus brazos, le dio la espalda y focalizó de nuevo su atención en el paisaje.

—¿Deseas que me quede? —la indecisión era obvia en la voz de su amiga, pero Sophie negó con la cabeza.

No estaba segura de lo que estaba por ocurrir, la tristeza y el enojo se batallaban en su interior, y no quería a su amiga metida en el medio. Considerando su delicado estado, lo último que necesitaba era presenciar una batalla campal entre esposos.

—Ve tranquila. Me reuniré contigo para el almuerzo.

Cali asintió y, luego de darle un breve abrazo, se marchó con rapidez, aunque a Sophie no se le pasó por alto la mirada algina que dirigió en dirección a Nathan, quien tuvo el buen tino de encogerse ante esta.

Era obvio que estaba por hablar, pero Sophie se le adelantó. Dejó de observar el paisaje y, cruzando los brazos frente a su cuerpo, lo encaró.

—¿Por qué has regresado, lord Howard?

Capítulo 17

Nathan sabía que se merecía el trato que Sophie le estaba dispensando. De hecho, le sorprendía que aún no le hubiese lanzando algo por la cabeza, aunque sabía que ella no era de tener esa clase de reacciones. Luego de lo ocurrido hacía unos meses atrás y la manera en que lo había defendido no solo a Robbie, sino también a él, sabía que poseía un temperamento fogoso.

—Sé que no me merezco tu perdón, Sophie. Te prometí que siempre estaría ahí para ti, y yo... te decepcioné.

La joven, aún de pie junto a la ventana, lo contemplaba en silencio. Aunque había escuchado parte de la conversación con Cali y eso había encendido la esperanza en su interior, sus palabras antes de que el anunciara su presencia lo habían llenado de temor.

—No deseo perderte, Sophie.

—¿Por qué?

Nathan sabía que no importaba cuántas palabras floridas le dijera, Sophia no se iba a dejar convencer. Ella no era esa clase de mujer. Jamás lo había sido, y eso fue una de las cosas que lo habían cautivado.

—Podría decirte mil razones, pero sé que ninguna será más sincera o verdadera que la siguiente... —acortó la distancia entre ellos y esperó en silencio, de pie frente a ella, hasta que finalmente Sophie elevó la mirada.

Había perdido peso desde la ultima vez que se vieron, y se la veía pálida y ojerosa. Eso lo había hecho él.

—¿Y cual es esa razón?

—Son solo dos palabras, Sophie... Tan simples y sencillas que ni siquiera alcanzan a expresar la magnitud de mis emociones por ti.

—Nathan... ¿Qué...?

Con lentitud, dándole tiempo a rechazarlo si así ella lo deseaba, le sujetó el rostro entre sus grandes manos.

—Te amo, Sophie.

—Oh, Nathan... —Su cuerpo entero se relajó y las lágrimas brillaron en sus ojos.

—Fui un idiota al no decírtelo en un primer momento. En realidad, fue más que nada cobardía de mi parte. No sabía que sentías tú por mí. Me convencí de que tan solo era agradecimiento de tu parte y nada más. Rogaba porque con el tiempo aunque fuera lograras sentir una mínima parte de lo que yo siento por ti...

Entonces los labios femeninos se apoyaron contra los de él. Fue apenas una caricia, tan suave como el aleteo de una mariposa, pero que después de dos meses de estar separados encendieron el fuego de la pasión entre ambos.

Nathan no tardó en encontrarse con una más que dispuesta Sophie casi desnuda bajo su cuerpo, pero fue el brillo en la mirada fémina que detuvo sus avances.

—Sophie... —era una suplica, necesitaba saber lo que ella sentía —. Si aún no me amas, juro que voy a hacerlo todo por conquistarte. —Pero ella lo calló apoyándole un dedo sobre los labios.

—Te amo, Nathaniel Saoirse MacKenzie Howard.

Eso fue todo lo que él necesito oír porque pronto se encargó de demostrarle con su cuerpo a Sophie la pasión abrazadora que solo ella le hacía sentir.

Epílogo

Unos días más tarde...

—¿Lo dices en serio? —Sophie aún no lograba comprender del todo la titánica tarea que había emprendido su marido para asegurarse de que tanto Robbie como ella estuvieran a salvo.

—Así es, amor.

—Jamás creí que Deirdre sentaría cabeza. Siempre fue tan...

—Vanidosa. Voluble. Superficial.

—Sí.

—Parece que tan solo necesitaba una mano firme, y el hecho de que se descubriera lo ocurrido con Robbie no había ayudado a su causa. Finlay, junto con mi padrino, no dudaron un instante en dejar al pequeño con nosotros.

—¿Crees que cuando llegue la primavera y los vayamos a visitar cambiarán de idea?

—Para nada, mi amor. Ellos solo quieren la felicidad del niño, y mi padre nos apoya al cien por cien.

Sophie sonrió ante eso mientras ambos observaban cómo Robbie perseguía de cerca al cachorro de mastín napolitano, obsequio de uno de los amigos de Nathan. Era una bestia enorme, pero delicada con el pequeño y en extremo sobreprotectora.

—Es bueno saberlo —susurro repentinamente, sintiéndose tímida.

Nathan enarcó una ceja y la miró con curiosidad.

—¿Acaso me estás ocultando algo, mi amor?

—¿Yo? Jamás. —Pero la risa la delató y, queriendo prolongar un poco más la revelación, Sophie huyó por el jardín, segura de que Nathan la perseguiría. Y así fue, porque él no tardó en atraparla

cerca del vivero, donde procedió a besarla apasionadamente hasta que la joven olvidó cuál había sido el motivo de su huida.

—Me va a revelar su secreto, *lady* Sophia —declaró con decisión, pero tan solo logró que la joven riera con fuerza.

—No sé si es un secreto precisamente. Según Cali y el resto de mis amigas, es algo que ocurre naturalmente cuando un hombre y una mujer se unen. Solo que a veces tarda más, y a veces es al primer intento... —recitó haciéndose la desentendida, pero vio el momento exacto en que Nathan comprendió sus palabras porque se arrodilló frente a ella, la abrazó por las caderas y hundió el rostro contra la vientre.

—Sophie, esto... es... yo...

—¿El mejor de mis secretos?

—Definitivamente, el mejor de todos sus secretos, lady Sophia.

Agradecimientos

A Lola Gude y a PRH, por su apoyo y continuar confiando en cada uno de mis proyectos.

A mi amor Roberto y a mis peques, Eze y Fran, por todo su amor e incondicional apoyo. Cada una de mis historias es para ustedes.

A J. Gracias, amiga, por todo tu apoyo y aguante. Me siento privilegiada de contar con tu amistad y espero poder devolvértelo con creces. ¡Vamos por más!

Si te ha gustado
El secreto de Lady Sophia
te recomendamos comenzar a leer
Siempre estaré para ti
de *Victoria Magno*



Prólogo

Veracruz, México.
Septiembre, 1877.

Alexander Joseph Collinwood Lobos se encontraba de pie ante la tumba de su tío Alex, el adorado miembro de su familia en cuyo honor llevaba el nombre. Sus dedos se movían con rapidez sobre las cuerdas de su guitarra, rasgando notas colmadas de dolor y tristeza.

Ese día había partido uno de los hombres más excepcionales que existió en el mundo, un ángel encarnado, como solía llamarlo su madre; el mejor hermano y amigo, como decía su padre. El hombre con el corazón más grande, como lo conocían todos aquellos que lo querían.

El funeral había sido hermoso, la gente había acudido de todas partes, a pesar de encontrarse lejos. Los amigos que el tío Alex se había ganado con los años se mostraron fieles hasta el final y demostraron su afecto con sentidas condolencias hacia la familia.

Su madre había llorado incansablemente entre los brazos de su padre; su corazón estaba roto, lo sabía, así como el de su padre.

Más tarde, ella, al igual que todos los presentes, se habían marchado a La Guadalupana, la hacienda de sus padres, donde habían sido convidados los presentes a tomar algo para beber y comer, como dictaba la costumbre. Mas él no los había acompañado.

Incapaz de alejarse de la tumba de su tío, a pesar de que sabía que él ya no se encontraba allí, había permanecido a su lado, rasgando las cuerdas de su guitarra en las tantas melodías que su tío había amado en vida. Un último gesto de cariño hacia él, un regalo del corazón hacia el espíritu que había partido hacía tan poco, pero ya había dejado un vacío tan grande en la vida de todos que lo conocieron y lo amaron, que parecía incapaz de sanarse jamás.

Las lágrimas colmaron los ojos de Alexander hasta que todo a su alrededor se convirtió en un manchón borroso. Incapaz de seguir tocando la triste melodía, se dejó caer de rodillas sobre el césped. Pasando una mano sobre la tierra negra recién colocada sobre la tumba, en una caricia lenta y pausada, colmada de afecto, sentía como si con aquel gesto pudiera tocar el mismo rostro afable y

alegre del tío que tanto había querido, y cuya partida le desgarraba el alma. Una última caricia de despedida.

—Cuidaré de todos ellos como te prometí —le dijo en un susurro, su voz quebrada por el dolor—. Cuidaré siempre de todos ellos, tío Alex.

Una brisa le arrebató el sombrero, despeinando los rizos aleonados de su cabeza. Pero Alexander ni siquiera lo notó, ensimismado en su dolor.

—Mamá no ha parado de llorar desde que te fuiste... —continuó —. Creo que le será bastante difícil aceptar tu partida. Papá ha estado a su lado todo este tiempo, pero él también tiene el corazón roto. Todos tenemos el corazón roto con tu partida, tío Alex... — Alexander tragó saliva y alzó la vista al cielo—. Sabíamos que pronto partirías. Que tu estancia con nosotros se había prolongado más de lo esperado. Pero saberlo no lo hace más fácil... Nos vas a hacer tanta falta.

Tonalna, una perra tan blanca como la nieve, se inclinó a su lado, como si llorara con él. Fiel de manera incondicional, no se despegaba de su dueño, protegiéndolo y compartiendo su dolor. A su otro costado se encontraba su pareja, Míng, un enorme perro negro como la noche y más alto que un lobo. Él permanecía alerta, atento a cualquier eventualidad. Esa era la costumbre de Míng, deseoso de protegerlo sin bajar la guardia por nada. Nunca permitía que algo lo tomase desprevenido, y por lo mismo, era el mejor guardián que podía existir.

Ambos perros habían sido regalo de su tía Danielle, una raza única mezcla de lobos que había viajado con la familia de su tía y de su abuelo Zalo desde sus antiguas tierras al norte, cuando esa zona aún pertenecía a México, y su gente al pueblo comanche.

Míng se enderezó y su nariz apuntó a un costado del camposanto, por lo que Alexander no se sorprendió cuando una mano se posó sobre su hombro. Al volverse encontró a un hombre mayor, de ojos rasgados y rostro curtido por el clima y la edad. Lee, su adorado abuelo paterno.

En realidad, Lee y Richard, su papá, no compartían lazos de sangre. Lee era de origen chino y había llegado a la casa de su

padre cuando Richard era un niño. Había sido Lee quien ayudó a su papá y al tío Alex a escapar de su hogar, para huir del maltrato de su familia. Y se había quedado al lado de su familia desde entonces, actuando como un verdadero padre para Richard y el tío Alex, y abuelo para los niños.

No los unían lazos de sangre, pero sí los lazos del corazón, que son mucho más fuertes.

—Abuelo, ¿también te has quedado? —preguntó Alexander, hablando con voz baja, colmada de dolor, y se puso de pie.

—Así es, hijo —contestó Lee, mirando con orgullo hacia arriba, para fijar sus oscuros ojos en los del muchacho. A pesar de que Alexander tenía tan solo quince años, ya superaba en más de una cabeza a la estatura de su abuelo. Seguramente sería tan alto como su padre, sino es que más—. He venido a despedirme. De ambos... —comentó, su voz teñida de tristeza al fijarla sobre la cruz de madera, donde yacía el nombre del tío Alex grabado.

Alexander deseó que dijese más. Le gustaba la manera de ser de su otro abuelo en cuanto a expresar las cosas se refería; Zalo poseía un corazón de oro, pero también era decidido y nunca tenía pelos en la lengua y era capaz de despotricar sin parar por minutos enteros, sin detenerse ni para tomar aire.

Lee, por otro lado, a pesar de poseer también un buen corazón, solía ser tan callado como el viento, al que solo se oye de vez en cuando y con dificultad.

Conseguir que él expresase lo que pasaba por su mente a veces costaba tanto como verle los calzones a una monja, como solía decir Raúl, su mejor amigo.

Lee se guardaba la mayoría de sus pensamientos, así como su sentir, y muchas veces Alexander tenía que hacer un esfuerzo descomunal para desentrañar lo que pasaba por su mente.

Solo el tío Alex era capaz de sacarle todo con facilidad. Y él ya no estaba.

Lee se arrodilló a su lado, y juntando ambas manos frente al rostro, hizo una reverencia a la tumba. Ambos permanecieron lado a lado en silencio, observando la cruz de madera temporal que en seis

meses, cuando la tierra se asentara, sería reemplazada por la lápida que llevaría el nombre de su adorado tío.

—¿Entonces es cierto lo que ha dicho papá? —preguntó Alexander de repente, rompiendo el prolongado silencio—. ¿Es cierto que te marcharás?

Su abuelo asintió con la cabeza, haciendo un sonido ronco, que en su idioma significaba «sí».

—No deberías irte, abuelo. Sé que querías mucho al tío Alex, pero papá te necesita. ¡Todos te necesitamos! Yo especialmente... ¿Quién me enseñará ahora?

Lee sonrió levemente y posó una mano sobre el hombro de Alexander.

—Hijo, no hay nada más que pueda enseñarte. Te has convertido en un hombre.

—Solo tengo quince años —replicó él—. Mi padre dice que aún me falta mucho para llegar a ser un hombre.

—Tienes quince años, pero posees un alma vieja, un alma de un hombre en un cuerpo joven, que ya cuenta con más sabiduría de la que tendrán muchos adultos en toda su vida. Mi trabajo aquí ha terminado. Te he ayudado a labrar el inicio del sendero. Ahora depende de ti encontrar tu propio camino y seguirlo.

—Pero, abuelo, no me siento capaz. Sin ti... —Sus ojos azules se abrieron, desconsolados—. ¿Cómo...?

—Solo di lo que realmente quieres decir.

—¿Y eso qué es?

—Te extrañaré, abuelo. —Lee sonrió amablemente y lo abrazó.

Alexander se resistió en un principio, pero al final se dejó abrazar, hundiendo la cabeza en el hombro del anciano para que él no notara las lágrimas que habían inundado sus ojos una vez más.

—Te voy a extrañar, abuelo —dijo al fin, hablando con la voz quebrada por la emoción.

—Y yo te extrañaré, muchacho. Quiero a todos mis nietos, pero tú siempre has sido mi favorito. Y no solo porque llevases su nombre... —Señaló con un gesto de la cabeza la tumba recién hecha ante ellos —. Es porque eres un gran chico, Alexander. Algún día serás un gran hombre. Igual que él.

—Eso es imposible. No hay nadie más bueno que él.

—Tienes su mismo corazón, eso te hace alguien muy grande —le dijo Lee, señalando con la punta de su dedo el pecho de Alexander —. El temple de tu abuelo Zalo, la valentía de tu madre, la inteligencia y perseverancia de tu padre. Tienes la combinación perfecta para convertirte en un gran hombre, Alexander. En mi tierra te habrían llamado un genio. No he conocido a otro hombre con más capacidades que las tuyas, hijo. Eres un dotado en cuanto al implemento físico e intelectual se trata. Y no me extraña, con padres como los tuyos. Además, me has tenido a mí como tu maestro, y eso ha terminado de forjar al excelente guerrero que vi en ti desde el momento en que naciste. —Le sonrió picándole la frente con la punta de un dedo—. Ya no tengo nada más que enseñarte.

—Siempre hay algo más que enseñar, y algo más que aprender.

Lee sonrió, orgulloso.

—Siempre fuiste un muchacho de gran profundidad, tú algún día serás un gran sabio, igual que tu abuelo Lee. —Se señaló a sí mismo, sonriendo.

—Preferiría que te quedaras y continuaras enseñándome.

—También me gustaría quedarme.

—¿Entonces por qué no lo haces? A mamá se le ha roto el corazón con la muerte del tío Alex, y papá está tan desolado como ella. Y ahora que tú te vas, todo irá a peor...

—Alexander, quizá a tus ojos siempre me he mostrado fuerte e impasible, pero la verdad es que esa impasibilidad es solo una máscara. La misma máscara que le enseñé a forjar a tu padre hace muchos años para enfrentarse con ella ante la vida. La misma máscara que algún día aprenderás a usar para ocultar tus emociones, como un hombre. Porque en este mundo, los hombres, para mantenernos vivos, vivimos tras máscaras que ocultan nuestro verdadero sentir. Y la mía, hijo, es una máscara fuerte, sin duda, pero no evita que mi corazón esté igualmente de roto que el tuyo... —Su voz se quebró y Alexander lo abrazó, conmovido—. Por dentro no soy más que cascajos, trozos quebrados de lo que alguna vez fui...

—Abuelo, no digas eso.

—Tu tío Alexander fue un hijo para mí, y ahora que se ha ido, me es imposible quedarme aquí más tiempo, con tantos recuerdos a nuestros alrededor que me lo traen a la mente a cada momento. Soy viejo y no me habitúo a los cambios tan fácilmente como antes. Y yo no soy como la familia de tu madre o como tú, yo no puedo hablar ni ver a los muertos. En este momento no tengo consuelo. Necesito partir, irme lejos y sanar, darle tiempo a mi corazón de padre para curarse, y entonces poder seguir adelante.

—¿Y qué hay de mi padre? Él también es tu hijo, él también te necesita.

—Richard lo comprende. Ha sido él quien me ha sugerido la idea de volver a viajar, y tiene razón. Quiero ver China, mi país, una vez más antes de morir...

—¡Pero yo no quiero que mueras también! —gritó Alexander, sintiéndose desesperado. Su mundo cambiaba a cada momento, no quería que siguiera así. Si tan solo todo pudiera quedarse estático para siempre...

—Todos moriremos, Alexander. No importa lo que se haga, la muerte es el único destino que todos los seres de este mundo tenemos en común. Ni siquiera la reina puede salvarse de ella. Ni siquiera un ángel en la Tierra, como lo era tu tío Alex... —Alexander abrió mucho los ojos al notar que corrían lágrimas por las mejillas de Lee. Nunca antes había visto llorar a su abuelo—. Pero te prometo, nieto mío, que tengo la intención de volver a verte antes de que llegue mi hora de partir al otro mundo. Si no es así, te aseguro que fue porque estuvo fuera del alcance de mi mano.

—Entonces, ¿no te marcharás para siempre?

—Volveré algún día, Alexander. Cuando tú me necesites, te doy mi palabra de que estaré aquí. Y hasta que ese día llegue, hazme un favor y cuida de tu padre. Él es un hijo para mí y dejo otra parte de mi corazón con él, con tu madre, contigo y con todos tus hermanos. Ustedes son mi familia. Y mientras estén aquí, aquí me quedaré con ustedes en espíritu. Recuérdalo hasta el día que regrese.

Alexander asintió, comprendiendo que no habría palabras que lo hicieran cambiar de parecer. Tendría que enfrentarse a la verdad como un hombre y con la mejor disposición.

—Te quiero, abuelo. —El muchacho lo abrazó una vez más y hundió la cabeza en su hombro, ahogando un sollozo y ocultando las lágrimas que no podía retener más.

—Yo también te quiero, Alexander. —Lee lo abrazó a su vez—. Ahora debo irme, hijo. Sé fuerte y recuerda tu promesa.

—Cuidaré de todos ellos, lo juro por mi vida.

—Ese es mi muchacho. —Sonrió, y entonces se quitó de encima una cadena con un medallón—. Quiero que conserves esto hasta que yo regrese, ¿de acuerdo?

Alexander lo observó fijamente, aunque no tenía que hacerlo. Había visto ese medallón en cientos de ocasiones antes. Era el medallón de la familia de Lee, una reliquia que había pasado de abuelo a nieto por generaciones. Se trataba de un grabado en oro de la figura de un dragón persiguiendo la cola de otro dragón, formando un círculo que simbolizaba la eternidad. Una esmeralda brillaba en el centro, uniendo a los dragones. Era el emblema más hermoso que jamás había visto Alexander.

—Esto significa mucho para ti, Lee...

—Quiero que lo tengas, muchacho. Mi abuelo me lo dio, y ahora yo te lo doy a ti.

Alexander sonrió, cuadrándose con las palmas juntas enfrente antes de hacer una inclinación, tal como Lee le había enseñado a hacer como señal de respeto.

—*Wǒ yóu zhōng gǎn xiè nín.*[1]

Lee adoptó la misma pose que Alexander a modo de respuesta.

—*Méi shěn me. Shí jiàn nuò yán.*[2]

—*Yǒng bú wàng huái.*[3]

—*Zhēn gǎn xiè.*[4]

Alexander observó a su maestro, abuelo y mejor amigo partir del mismo modo que lo hacía el sol de ese día de invierno.

Sus padres debían estar en casa, la cena pronto sería servida, pero él no se movió de ese lugar.

Ese día había tenido que despedir a dos de las personas más importantes de su vida; a su tío Alex, la mejor persona que pudo existir jamás y el tío más grandioso del mundo; y a su abuelo Lee, la persona que mejor lo comprendía y a quien más cercano se sentía.

Su corazón estaba vacío como si algo lo hubiese atravesado y dejado un enorme hueco en su lugar en su pecho. Un hueco que irónicamente era tan pesado que le impedía mantenerse en pie.

Cayó una vez más de rodillas frente a la tumba. La tierra removida formaba un montículo ante sus ojos. La cruz de madera con el nombre «Alexander Collinwood», grabado a fuego en esta, le devolvió la mirada. Esperaba que pronto fuera reemplazada por la lápida de piedra. En una lápida se podían poner muchas cosas, «gran hermano, excelente amigo, una persona irreemplazable en el mundo». Pondría todo eso y más... No había palabras para expresar lo mucho que significó el tío Alex para todos.

Sin duda sería mejor que solo leer ese nombre que tanto dolor le ocasionaba, tan solitario y tan similar al suyo...

Sería casi idéntico, de no contar él con el apellido de su madre, Lobos, y también con su segundo nombre, *Joseph.* Este segundo nombre en honor al fallecido tío Ahanu, hermano de Danielle y el primer amor de su madre.

Sin embargo, ver su propio nombre en aquella cruz le supo como un mal presagio: un nombre solitario en una tumba; un hombre solitario observándola...

Se había quedado solo.

Como si entendiera su sentir, Tonalna metió su enorme cabeza blanca bajo su mano, buscando una caricia. Míng, más adusto, se limitó a posar su hocico puntiagudo sobre su hombro.

De pronto ambos perros se irguieron, buscando algo entre la arboleda. Alexander escuchó el chasquido de una rama al romperse y alzó la cabeza. Las lágrimas lo habían embargado tanto como el dolor, y por un momento dejó de pensar en lo que sucedía a su alrededor. Lee siempre le había prevenido de jamás permitir que nada lo tomase por sorpresa.

Se limpió a toda prisa el rostro con el dorso de la manga. Nadie debía verlo llorar. Debía ser fuerte, o al menos demostrarlo, tal como le había dicho su abuelo. Forjar una máscara que ocultara sus emociones.

—¿Quién está allí? —preguntó, frunciendo el ceño en lo que esperaba fuera una máscara dura que ocultara su dolor y sorpresa al

no encontrarse solo en el cementerio, como había creído. Se llevó una mano al cinto sin pensarlo, al sitio donde mantenía oculto el cuchillo afilado que su madre le había dado.

Una perra negra, muy parecía a Míng, salió de entre los matorrales, acompañada por una chiquilla de larga cabellera peinada en dos trenzas que caían sobre sus hombros y que brillaban tan blancas como la nieve bajo la luz de la luna.

—Lo siento, no quería molestar... —le dijo ella, mirándolo con unos grandes ojos ambarinos, que reflejaban una tristeza infinita.

—Clara, no sabía que estabas aquí —dijo él, soltando un suspiro inconsciente al reconocer a su amiga del pueblo. Guardó el cuchillo de vuelta a su funda y se aproximó a ella—. ¿Qué haces en este lugar?

—No te vi en casa y supuse que estarías aquí —contestó ella, bajando la mirada tímidamente hacia Jade, la perra negra hija de Míng y Tonalna que él le había obsequiado tres años atrás, y ahora era inseparable de la chica. Y acariciando su cabeza, añadió—: Es tarde y me preocupé por ti... Supuse que podrías tener hambre y frío, así que... Bueno... —Alzó una mano donde llevaba una cesta con comida y una manta.

Alexander esbozó una sonrisa sesgada y se acercó a ella para tomar las cosas.

—Clara, no tenías que molestarte. Es tarde y no es seguro para una niña andar caminando sola por estos rumbos.

Ella frunció el ceño, como si ser llamada niña le molestara.

—Estoy bien, conozco estos caminos perfectamente y la luz de la luna los hace tan claros como si fuera de día. Además, tengo conmigo a Jade, que es más fiera que un lobo y cuida de mí. Ella nunca dejaría que nada malo me pasara, así que no tienes que preocuparte, ¿o no fue por eso que me la diste?

Alexander sonrió, asintiendo con la cabeza, atrapado en sus propias palabras.

—Es cierto que te la di para que te cuidara, pero de todas formas sigo preocupándome por ti. Eres mi amiga y eso hacen los amigos. —Alexander sacó una manzana de la cesta y se la alargó.

—No, gracias, esa comida es para ti.

—Anda, come algo conmigo. Sabes que odio comer solo —le pidió, sacando una segunda manzana para él—. ¿Ya se han ido todos en casa? —le preguntó antes de darle una mordida a su fruta.

—Casi todos, aún hay algunas personas, mis abuelos siguen allí, también los Buenrostro, la señora Ocampo y la señora Ochoa. —Jade, a su lado, gruñó, enseñando sus largos y blancos colmillos, como si le molestara escuchar ese nombre.

—Pienso igual que tú, pequeña. —Alexander sonrió y palmeó la cabeza de la perra—. Al menos mamá tiene a tus abuelos para lidiar con la señora Ochoa, o estoy seguro de que esa mujer hoy tendría algo por lo que realmente quejarse.

Clara sonrió, la señora Ochoa era una viuda conocida en la región por sus múltiples enfermedades imaginarias. Solía sacar de quicio con sus quejas a todo aquel que la conocía.

Su madre solía ser bastante paciente con ella. No obstante, aquel día no era uno bueno para molestar a Lupita y poner a prueba su paciencia. Esperaba que los abuelos de Clara actuaran como intermediarios entre la achacosa mujer y su madre, o de lo contrario lo más seguro es que Lupita terminara, sino ofendiéndola, sí rehuyéndola como de la peste.

Diminutas gotas de lluvia comenzaron a caer sobre sus cabezas, pero ninguno de los dos pareció notarlo. Permanecieron en silencio por un par de minutos, observando la tumba recién hecha. De pronto, Alexander se enderezó, como si se diera cuenta de algo importante.

—Es tarde, y seguramente tus abuelos estarán preocupados por ti. Será mejor que volvamos a casa, Clara.

—No te preocupes, tómate el tiempo que necesites para despedirte. No vine a apurarte, sino a hacerte compañía, no quería que estuvieras solo. Entiendo por lo que estás pasando... —Suspiró —. Y yo también quería mucho al tío Alex, así que me gustaría estar contigo en estos momentos.

Alexander la miró fijamente, observando la tristeza que se había reflejado en su mirada. De pronto, el recuerdo del momento en que había conocido a Clara llegó a su mente. Había sido unos tres años atrás, durante una visita habitual al pueblo con su familia.

Recordaba el calor de esa mañana, pegajoso por la humedad. Había salido de la tienda con su tío Alex para tomar el fresco, cuando él se alejó de pronto de su lado. Entonces notó que se había fijado en una niña sentada en las escaleras de la posada del pueblo, una niña tan delgada como un junco y de un cabello tan claro que lucía blanco bajo el sol.

Clara.

Su tío había visto algo en ella que llamó su atención, como solo las personas de gran corazón son capaces de hacer. Se había acercado a esa niña de cabello tan claro como la nieve para ofrecerle un caramelo, preocupado al verla tan triste y desvalida. Se había sentado a su lado en las escaleras y hecho su amigo, invitándolo a él a formar parte de esa amistad.

Habían sido amigos inseparables desde entonces. Y ahora que el tío Alex se había ido, solo quedaban ellos dos. Clara, su mejor amiga, cuya amistad había ganado gracias a su querido tío... ¿Sería aquel un mensaje de su tío? ¿Una de aquellas señales de las que solía hablar Lupita, su madre, acerca de las distintas maneras que tenían los muertos para comunicarse con los vivos, para darles a entender que seguían escuchándolos y atendiendo a sus palabras? ¿Sería acaso la llegada de Clara una forma de decirle que no estaría solo...?

Ella se acercó a la tumba y se arrodilló sobre la tierra removida, sin importarle estropear su vestido. Con sumo cuidado, depositó una flor amarilla cerca de la cruz. Era un girasol. La flor favorita de su tío Alex.

Una calidez especial inundó el pecho de Alexander que fue incapaz de explicarse a sí mismo, al tiempo que las últimas palabras de su tío regresaban a su memoria, como si él mismo se las estuviera susurrando al oído.

Y el consuelo vino a ocupar el paso del dolor, al tiempo que en su semblante nacía una sonrisa.

La lluvia cesó y las escasas nubes que cubrían la luna se apartaron, para permitir que su hermoso brillo plateado inundara el lugar.

Clara permaneció arrodillada ante la cruz unos minutos antes de levantarse una vez más. Entonces se aproximó a él y lo miró con sus grandes ojos ambarinos, contrastantes en su piel morena tanto como su cabello blanco.

—Alexander... ¿te encuentras bien? —le preguntó ella con voz tímida, notando que él no dejaba de observarla fijamente.

—Sí, lo estoy. —Él sonrió, posando una mano sobre su cabeza y despeinando su cabello, tal como había hecho cientos de veces antes para molestarla—. Solo recordaba algo que me dijo el tío Alex.

—¿Y qué fue eso? —preguntó ella, sonriendo y apartándose para alisarse las trenzas.

—Me dijo que tú eras su sobrina, y otra hermana para nosotros. Y que en adelante debía de cuidar de ti, tal como hago con mis hermanos. Como si fueras una verdadera hermana

—Eso ya lo sé, cuando lo dijo yo estaba allí contigo, ¿no lo recuerdas?

—Sí, pero también dijo otra cosa.

—¿Y eso qué fue?

—Dijo que eras una valiente guerrera, y que tú traerías el sol a nuestro corazón. Me pidió que cuidara de ti. Que tú eras mi familia y yo... Yo nunca estaría solo teniéndote a ti a mi lado —repitió y su voz se tiñó de emoción—. Fue lo último que me dijo antes de...

Clara abrió mucho los ojos, comprendiendo a qué se refería. Habían sido las últimas palabras del tío Alex antes de morir.

—Lo siento...

—¿Por qué lo sientes?

—No lo sé... —Ella se encogió de hombros—. No creo que yo sea digna merecedora de las últimas palabras de tu tío. Era un hombre tan bueno...

—Y tú eres una niña que tiene alma de anciana, ¿de dónde sacas esas palabras? —Rio Alexander, pasando un brazo por los hombros de Clara y abrazándola—. Yo cuidaré de ti, Clara. Lo prometo. En adelante, serás una hermana para mí.

Clara cerró los ojos e inspiró hondo, sonriendo sin que él lo notara. Ella había aprendido a llevar una máscara que ocultara sus sentimientos mucho antes que él. La vida dura que había conocido a

su corta edad le había enseñado que era la mejor forma de defenderse...

Pero en este caso, le había ayudado a ocultar el amor que sentía por ese amable chico de ojos azules y cabello revuelto del color del oro bruñido que ocupaba cada uno de sus pensamientos.

No quería que la viera como a una hermana, pero no importaba. Mientras pudiera estar cerca de Alexander, sería feliz sin importar cómo fuera que él la quisiera.

Él solo anhelaba descubrir su secreto...
sin saber que podría destruir su futuro.



Lady Sophie Douglas se ve arrastrada a aceptar el consejo de su primo y alejarse de su familia escocesa, a la que ama y por la que daría su vida, para ser parte de la sociedad londinense y ocultar así un secreto que podría poner en riesgo a todos. Su estadía en Londres no será tan fácil como creía, sin embargo, cuenta con la ayuda de una tía que tejerá un plan para que nadie pueda hacerle daño.

Nathaniel Saoirse MacKenzie Howard tiene una misión y hará cualquier cosa por cumplirla, incluso entregar su corazón.

Kathia Iblis nació el 17 de mayo en San Miguel de Tucumán, provincia de Tucumán, Argentina. Soñadora y despistada, incluso cuando no está sentada escribiendo, los personajes no dejan de rondarle, exigiéndole ser escuchados. Durante muchos años luchó contra su verdadera vocación. Como toda adolescente se rebeló ante la presión de seguir la carrera de Literatura y Letras, lo que la llevó a incursionar en otras áreas que abarcaron la psicología, la traducción y, finalmente, el profesorado de inglés. Su mente y su netbook rebosan de personajes ansiosos de ver la luz y siempre tiene un nuevo proyecto entre manos.

Edición en formato digital: febrero de 2020

© 2020, Kathia Iblis
© 2020, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright.* El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17931-18-6

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás recomendaciones de lecturas personalizadas.

Visita:
ebooks.megustaleer.club


@megustaleerebooks


@megustaleer


@megustaleer

NOTAS

Promocion

[1] Te lo agradezco de todo corazón.
[2] No hay de qué. Cumple tu promesa.
[3] No lo olvidaré jamás.
[4] Gracias de verdad.

Índice

El secreto de Lady Sophia

Nota editorial
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Epílogo
Agradecimientos

Si te ha gustado esta novela
Sobre este libro
Sobre Kathia Iblis
Créditos

Table of Contents

El secreto de Lady Sophia
Nota editorial
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Epílogo
Agradecimientos
Si te ha gustado esta novela
Sobre este libro
Sobre Kathia Iblis
Créditos